

TRABAJOS PSICOANALÍTICOS

por

ARTURO ROLDÁN



<http://www.salvatierra.biz>

Nota: Todos los trabajos de este Portal de Psicoanálisis y Literatura, incluidos sus eBooks, se ofrecen con carácter gratuito.

© Arturo Roldán

**© Versión,
corrección de los textos,
selección de las fotos
y edición
de
Antonio Salvatierra
antonio@salvatierra.biz**

Reservados todos los derechos.

Excepto sobre las fotos seleccionadas de entre todas las que circulan por Internet acerca de los temas trabajados. En caso de que el propietario de los derechos de autor de alguna de ellas prefiera que la retiremos del e-book, bastará con que nos lo comunique y la sustituiremos por otra.

ÍNDICE

BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR	4
TRABAJOS PSICOANALÍTICOS.....	6
EL CUERPO Y LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS.....	7
Presentación.....	7
1. ¿Qué es el cuerpo?.....	10
2. Las nuevas tecnologías.....	15
3. El cuerpo y las nuevas tecnologías.....	17
NOTAS SOBRE LA SOSPECHA.....	18
EL SILENCIO DE LA INTERPRETACIÓN.....	20
UN PROBLEMA DIAGNÓSTICO	26
Introducción.....	26
Primera entrevista.....	26
¿Diagnosticar?.....	29
Las entrevistas siguientes.....	29
La posesión.....	31
Un final mágico.....	32
¿Qué diagnóstico?.....	33
La certeza, la creencia.....	34
YO FUERTE, YO DÉBIL.....	36
El yo es una unidad imaginaria.....	36
El yo freudiano y sus cuatro vectores.....	38
La psicología del yo y el problema de la adaptación.....	40
Hartmann.....	41
LA LENGUA, LAS LENGUAS.....	43
LA EXPERIENCIA PSICOANALÍTICA	53
LA AUTORIZACIÓN BAJO TRANSFERENCIA.....	56
IDENTIFICACIÓN IDEAL Y NEUROSIS OBSESIVA	61
FENÓMENOS DE AMOR Y ODIO EN PSICOANÁLISIS	68
El amor, la demanda.....	69
Del síntoma a la demanda.....	70
El amor, el odio.....	73
UN PADRE PREOCUPADO.....	75
Entre la entrada en neurosis y la entrada en análisis: la demanda de curación.....	77
Entrada en análisis.....	80
LA ANGUSTIA EN LA CURA ANALÍTICA.....	82
EL ACTO PSICOANALÍTICO.....	89



BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR

Arturo Roldán nace en la ciudad argentina de **Córdoba** en **1940**, ciudad en la que también obtiene la titulación de **Médico** en **1967**. Ese mismo año **se traslada a Buenos Aires** y comienza su **psicoanálisis personal**, con cuatro sesiones semanales, al mismo tiempo que **empieza a trabajar como Médico Interno Residente en la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**. Este servicio psiquiátrico se inserta en un hospital general, situación sumamente novedosa en aquel tiempo dentro de la salud mental argentina, de modo que en dicho hospital **recibe las últimas influencias del movimiento psicoanalítico y de las corrientes antipsiquiátricas** argentinas y europeas.

Especialmente importante para su formación, en esta época, es que **realiza diversos cursos con Oscar Masotta** en los que lee “Una cuestión preliminar al tratamiento de la psicosis” de Jacques Lacan, lo cual determinará su práctica hospitalaria a partir de ese momento. **En 1971 se autoriza como Psicoanalista** y, al terminar el MIR, **en 1972, obtiene el título de Médico Especialista en Psiquiatría y es nombrado Jefe de Clínica de la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**.

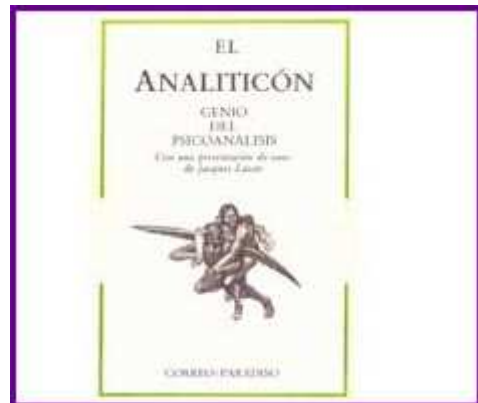
En 1976, debido a la grave situación política que atraviesa su país y a lo comprometido del cargo que también viene ejerciendo desde 1972 como **Secretario de la Federación Argentina de Psiquiatras**, **ha de exiliarse a Barcelona**, en cuya Universidad convalida la titulación de Médico y **comienza a trabajar en la Cátedra de Psiquiatría y en el Instituto Frenopático**.

Desde entonces, lleva a cabo una importante labor en la difusión y enseñanza del psicoanálisis como miembro destacado de varios Grupos de Estudio de Psicoanálisis (del País Vasco, Galicia, Madrid, etc.) y posteriormente de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Así, por ejemplo, es conocido que fueron sus seminarios en Bilbao los que hicieron posible la aparición y el desarrollo del psicoanálisis lacaniano en el País Vasco. Igualmente, **publica diversos textos en múltiples revistas psicoanalíticas de Europa y Sudamérica como “Camp del Arpa”, “Sínthoma”, “Tyché”, “Ornicar?” (en francés), “Analición”, “Cuadernos Europeos del País Vasco”, “Finisterre”, “Freudiana”, etc., y dicta numerosos seminarios y cursos en diversos Hospitales (como el Hospital Psiquiátrico de Leganés, el Hospital Psiquiátrico de Zanudio en Vizcaya, el Hospital de Tres Cruces en Bilbao, el Hospital Provincial Psiquiátrico de Madrid, el Hospital de la Princesa de Madrid, etc.) y Centros de Salud (de Pamplona, Vigo, Sevilla, Barcelona, Málaga, etc.) repartidos por todo el ámbito del Estado Español,** participando siempre muy activamente en todo el movimiento lacaniano español e internacional.

En la actualidad, ejerce como psicoanalista en su **consulta privada en Madrid** y continúa desarrollando su labor de **Enseñanza en Psicoanálisis** también en otras ciudades. Enseñanza que además desde Marzo de 2003, con la **colaboración de Antonio Salvatierra,** viene haciendo extensiva a **Internet** a través de esta Web.

Entre sus aficiones sobresale su amor por **el teatro,** llegando a escribir una obra, **“Memoria y Olvido (Argentina 76 - Nunca más)”**, que ha sido representada entre otras ocasiones en el **Festival Iberoamericano de Teatro** de Cádiz y en el **Festival de Teatro Contemporáneo** de Alicante.

**Portada del primer número de
la Revista “El Analiticón”.**



TRABAJOS PSICOANALÍTICOS

(PARA LOS QUE DESEEN PROFUNDIZAR EN UN TEMA)

- El cuerpo y las nuevas tecnologías.
- Notas sobre la sospecha.
- El silencio de la interpretación.
- Un problema diagnóstico.
- Yo fuerte, yo débil.
- La lengua, las lenguas.
- La experiencia psicoanalítica.
- La autorización bajo transferencia.
- Identificación ideal y neurosis obsesiva.
- Fenómenos de amor y odio en psicoanálisis.
- Un padre preocupado.
- La angustia en la cura analítica.
- El acto psicoanalítico.

“Las señoritas de Avignon”, de Picasso, un pintor con nostalgia del significante. (Museo de Arte Moderno de Nueva York).



EL CUERPO Y LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

PRESENTACIÓN.

A veces, en el movimiento cotidiano de afeitarse, el cuerpo propio deviene extraño. Momento singular, sin duda, determinado por un pensamiento fugaz: nunca hubiéramos conocido nuestro rostro sin el descubrimiento del espejo.

En otros movimientos diarios, el cuerpo propio deviene otro cuando, por ejemplo, en un gesto conocido descubrimos que un punto de nuestra espalda no podrá ser visto nunca por nosotros.

Para remarcar lo anterior podríamos hablar del dolor, incluso del dolor de muelas, para mostrar cómo el cuerpo se hace presente sobre el trasfondo de una ausencia.

Esta presencia del cuerpo, que puede estar dada por múltiples fenómenos -que van desde las cosquillas al orgasmo-, nos habla de un cuerpo de goce que va más allá de lo biológico. Sólo que se trata de un más allá precario puesto que este cuerpo anatómico formula un destino, como decía Freud hace cien años.

Sin embargo, este destino sexuado hoy en día es a veces modificado, poniendo en cuestión el decir freudiano. Y es que las nuevas tecnologías, escúchese por el momento el avance en la ingeniería médica y la evolución de las prótesis, hace que el destino sea cambiado trastocando lo anatómico por medio de estos adelantos. Se sobreentiende que estoy refiriéndome a los transexuales.

También es cierto que el destino anatómico puede sufrir cambios sin recurrir a medios quirúrgicos: la utilización de hormonas hace crecer un cuerpo de mujer con atributos de hombre.

Estos travestidos hormonados nos muestran que nuestras vestimentas no son algo natural, es decir, un producto fabricado para adaptarse a los climas fríos. Los partidarios de esta última hipótesis, consideran nuestra vestimenta actual como el resultado de una evolución progresiva para el cuidado anatómico. Por cierto, algo de eso hay, pensemos por un instante en la diferencia entre las modernas zapatillas Nike y las ojotas de los indios peruanos.

Es evidente que vamos mejor calzados, que nuestros pies van más protegidos, como también es evidente que el promedio de la vida humana se ha prolongado debido al avance de la medicina. Pero no todo es adaptación, y ciertas mejoras del entorno humano no pueden llevarnos a la conclusión de que las máscaras de las distintas tribus africanas, o las máscaras de los carnavales venecianos, son productos adaptativos, y menos explicar el origen de las vestimentas con métodos darwinianos.

Algo pasa por completo desapercibido: en casi todas las civilizaciones, la diferencia sexual marca una diferencia en el vestir.

En otras palabras, las vestimentas marcan la diferencia de los sexos, de modo que un hombre vestido de mujer suele tener un aire entre cómico y ridículo, situación que nuestros payasos televisivos explotan hasta el exceso.

Pero, fuera de la vis cómica, encontramos en los travestidos un saber usar los atuendos femeninos que supera en mucho al de algunas mujeres. Por ello, sus cuerpos feminizados y sus indumentarias marcan a veces un destino entre trágico y cómico.

Por otra parte, entre la extrañeza del cuerpo cotidiano y el del transexual existe una distancia infinita, pero algo tienen en común: el cuerpo. Al mismo tiempo podemos señalar que eso que tienen en común, esa unidad corporal, es diversa. Esa unidad es biológica, pero el cuerpo se construye diversificando esa unidad.

Estas construcciones del cuerpo no son ajenas a los ideales estéticos de cada época - bastaría hacer un estudio comparativo entre las mujeres de Rubens y las modelos de la pasarela Cibeles para fundamentar esta afirmación.

Estos ideales son a su vez idealizados por algunos autores, como Richard Gordon, por ejemplo, cuando los coloca en el rango de la etiología al estudiar la anorexia nerviosa. Pero, ni tanto ni tan poco, porque si bien es verdad que el ideal estético de nuestra

época colabora en la promoción de dicha patología, considerarlo como etiología es sacar las cosas de quicio.

Lo que hace este ideal estético que marca cada cultura es mostrarnos al cuerpo como vehículo para la comunicación. Por un lado, como objeto de ventas -recuerden los anuncios publicitarios de coches en los que aparecen mujeres y hombres guapos-. Por otro lado, como sede de los órganos de la llamada "senso-percepción", soporte sin duda de la comunicación humana.

La concepción que se tenga de lo que es la senso-percepción, determinará la manera de entender la comunicación. Desde esta perspectiva, podemos agrupar dos formas contrapuestas: la primera es la que da a la senso-percepción un carácter natural, sosteniendo que la mirada ve las cosas del mundo, el oído capta los ruidos objetivamente, y así de seguir. En esta vertiente están las posiciones que van desde la neurología, pasando por la psiquiatría, hasta impregnar todas las concepciones psicológicas. Mientras que la segunda afirma que los fenómenos senso-perceptivos están determinados por el lenguaje, posición sostenida por el psicoanálisis y que implica pensar al lenguaje desde las teorías saussureanas -en donde la significación está separada del significante-, así como que el significante es el lenguaje propiamente dicho, al que llamamos registro simbólico.

La primera de estas posiciones lleva a conclusiones erróneas, por ejemplo al afirmar que la alucinación es una percepción equivocada. Es decir, que se piensa que entre lo percibido y la cosa percibida debe existir una correspondencia biunívoca, y por lo tanto se ubica a la alucinación como un error provocado por la carencia de un criterio de objetividad. Se atribuye esta pérdida de la realidad, pues, a un déficit, ya sea éste neurológico, del yo, de la conciencia, etc.

La segunda posición, la psicoanalítica, sostiene por el contrario que esa percepción es la realidad para el sujeto, así como que su grado de certeza implica una consistencia donde el que percibe está atrapado. Podemos poner como ejemplo el dolor, que es percibido por uno y no por los otros, lo que no le quita importancia en la vida humana.

De todo lo anterior se desprende lo importante que es para la comunicación la idea que se tiene del cuerpo. Para muestra vale un botón: no existe comunicación preverbal porque no hay un cuerpo previo al lenguaje. En otras palabras, desde antes del nacimiento, el niño está inmerso en el lenguaje, se habla de él, se le pone un nombre, en lo que se dice del futuro niño circulan deseos, ideales, etc.,... ¡de los padres!.

Pero no sólo del cuerpo vive el hombre, puesto que esta charla tiene otra pendiente: las nuevas tecnologías. A decir verdad, este concepto de las nuevas tecnologías es en extremo abarcativo y no se han fijado con claridad suficiente sus límites. Algunos las colocan en el mundo de lo digital, con la exclusión de cualquier otro saber, otros en cambio las extienden a campos tan alejados entre sí como las técnicas de trasplantes de órganos y la moderna farmacología. Cualquiera que sea la perspectiva que adoptemos, lo que no se puede dejar de percibir es el cambio vertiginoso que se está produciendo en distintos ámbitos que van desde la sociología hasta la vida cotidiana, desde la educación hasta los sistemas financieros, y aquí podríamos colocar un largo etcétera.

Después de esta presentación, volvamos al título de nuestra conferencia, “El cuerpo y las nuevas tecnologías”, para tomar tres preguntas con las que continuar su desarrollo: ¿qué es el cuerpo?, ¿qué son las nuevas tecnologías?, ¿de qué manera influyen sobre el cuerpo las nuevas tecnologías?.

1. ¿QUÉ ES EL CUERPO?.

Un cuerpo es un cuerpo, podríamos comenzar dando esta respuesta tautológica y justificarla con argumentos tomados de la senso-percepción en su versión realista ingenua. Pero bastaría la siguiente pregunta para subvertir la tautología: ¿Somos un cuerpo o tenemos un cuerpo?. Me inclino por la segunda respuesta, pero la dejaré abierta.

Que un cuerpo es un cuerpo nadie lo duda, el problema es saber qué cuerpo es un cuerpo y... aquí se abren múltiples interrogantes que van desde lo biológico a lo psicoanalítico. Interrogantes que en parte ya fueron respondidos con anterioridad: lo simbólico sobre lo biológico construye un cuerpo.

Que un cuerpo es un cuerpo nadie lo duda, el problema es saber qué concepción sobre el cuerpo tiene una cultura dada. No es lo mismo la construcción del cuerpo a principios de siglo, cuyo modelo eran las máquinas de donde salieron los autómatas (recuerden el cuento de Hoffmann “El hombre de la arena”), que en este fin de milenio, en el que el modelo es el ordenador.

Más allá de estas variaciones, existe desde hace aproximadamente 2000 años un nexo recóndito y profundo, una invariante oculta, en los peligros de la carne. Esa invariante que hace a la construcción de nuestro cuerpo y, por ende, cómo desde ese cuerpo simbólico sentimos, percibimos y vivimos los límites de nuestro pellejo.

Para evitar los equívocos, que no siempre se pueden aclarar por los efectos de sentido, realizaré una triple distinción: lo real del cuerpo es el organismo, que se rige por una lógica biológica, mientras que lo simbólico transforma el organismo en cuerpo,... con la aclaración de que no hay una temporalidad donde primero estaría lo real y después lo simbólico. Esto podría ser dicho de otra manera siguiendo las indicaciones del primer Lacan: lo simbólico separa lo real de lo imaginario, constituyendo el cuerpo en este último registro.

La invariante, ese delicado hilo de significaciones que ha tejido la construcción de nuestro cuerpo, es un hilván marcado por la concepción cristiana. Aunque esta construcción es no toda, puesto que coincide en el tiempo con otras muchas concepciones que se hacen, extranjeras para entenderlas adecuadamente - musulmana, hinduista, etc.

Esta concepción cristiana del cuerpo produce un entrecruzamiento entre el goce y el pecado que Lacan nos dejó en el Seminario 7, "La ética del psicoanálisis", para que profundizáramos su recorrido partiendo de Pablo, quien entre todos los evangelistas es el que más se ocupa de la ley y del pecado.

En el antiguo testamento se designan la carne y el cuerpo con un único término ("basar"). En el nuevo testamento, especialmente en Pablo, son dos las palabras que se usan para designar el cuerpo: "sarx" y "soma", es decir la carne y el cuerpo. El carácter perecedero y caduco del hombre, sobre todo el pecado, Pablo lo atribuye a la carne y no al cuerpo.

En la "Epístola a los Corintios", quienes tomaron el fornicar un poco a la ligera, Pablo les dice: "los alimentos son para el vientre y el vientre para los alimentos. Dios destruirá éstos como aquéllos. Pero el cuerpo no es para la fornicación, es para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y de esta manera, al paso que la carne vuelve al polvo, el cuerpo está destinado al Señor".

El misterio de la resurrección de Cristo es lo que dignifica el cuerpo, puesto que tomó el cuerpo de la carne y lo sometió a la ley. Es así como Cristo, para vencer a la muerte, venció a la carne y, por lo tanto, al pecado.

Recordemos que la concepción paulista del pecado está centrada en que sin ley no hay pecado. Dicho de otra manera, es la ley la que hace el pecado.

Retomemos por un momento la lectura de Lacan en el Seminario 7, donde plantea que la relación entre el pecado y la ley están entrelazadas con el deseo y el goce. Es así como el pecado, la “hamartia”, que en griego quiere decir falta, nos revela que más allá de la anatomía, que más allá de lo biológico, está el cuerpo del goce, el cuerpo del pecado. Es por eso que muchos santos se decidieron a mortificar el cuerpo y crearon otro tipo de goce: el placer en el displacer.

Podemos tomar ejemplos de la pintura para resaltar esta concepción del cuerpo, esta dualidad entre la carne pecadora y el cuerpo glorioso prometido al Señor. Veámoslo mejor: esta concepción transita toda la pintura de un Miguel Ángel cuyo estallido se da en el fresco de la Capilla Sixtina “El juicio universal”. Allí se puede observar el cuerpo que aparece en signos externos pero que es borrado por la carne, aunque ésta tenga la apariencia de hombres graves y venerables.

No tengo una cultura pictórica suficiente para realizar un estudio comparativo entre la gravedad de la pintura de Miguel Ángel y los desnudos de Picasso, pero en este último la carne aparece velada por el estilo, que desfigura el cuerpo marcando un hito en la pintura contemporánea. Es que Picasso quería decir un cuerpo, un desnudo, citémosle: “Quiero decir el desnudo. No quiero hacer un desnudo como un desnudo. Quiero no solamente decir, sino decir pie, decir mano, decir vientre,... una sola palabra basta cuando se habla de estas cosas”. Un pintor con nostalgia del significante, un pintor con una concepción del cuerpo que va de la palabra al goce.

No es por casualidad que una de sus pinturas más importantes sea “Las señoritas de Avignon”, en rigor las mujeres de un antiguo burdel de la barcelonesa calle de Avinyó, persistencia del cuerpo del pecado.

Pero si el arte suele ver este cuerpo de goce como algo perteneciente a la naturaleza humana, el moderno discurso de la medicina toma lo biológico y repudia el cuerpo de goce como si no existiera, es decir, deja de lado la carne.

Este cuerpo de goce, este cuerpo de pecado, este cuerpo de deseo es ignorado por el moderno discurso médico. Nuestro cuerpo es fotografiado, escanizado, radiografiado, y aquí podríamos colocar un largo etc., pero -como decía- el cuerpo del goce es dejado de lado.

La historia de la medicina nos muestra que esta concepción del cuerpo fragmentado en unidades cada vez menores, determinadas por los métodos de investigación, no ha existido en otras épocas. Para darse cuenta de ello basta con leer el “Theatrum

Sanitatis Codice Casanatense 4187". Citemos lo que dice de la ira: "La ira es una ebullición de la sangre en el corazón. La ira mejor es la que empuja y restituye el calor transmutante. Beneficia en las parálisis y torceduras de boca. Es dañina para aquellos que satisfacen una ilícita curiosidad".

La concepción médico-científica sobre el cuerpo puede ser datada en el momento que se produce el entronque entre el discurso médico y el discurso científico.

La universalización de este modelo ha permitido el vertiginoso avance de la medicina científica, pero se ha pagado el precio de la desaparición de la figura del médico que se ha transformado, aunque no siempre ni en todos los casos, en comerciales de los laboratorios cuyo éxito es medido por la productividad.

Como contrapartida a este moderno infierno científico, es posible encontrar el cuerpo de goce prometido a la putrefacción en otros antiguos infiernos mesopotámicos. El más conocido es el de Enkidu, contado en los mitos acadios. A la muerte de Enkidu, amigo y servidor de Gilgamesh, se produce el siguiente diálogo:

- Dime amigo mío, dime cómo son los infiernos que has visto.
- No te lo diré, no te lo diré. Si te digo cómo son los infiernos que he visto, siéntate y llora.
- Voy a sentarme y llorar.
- Mi cuerpo, aquel que tú tocabas con alegría, está roído por la polilla como un viejo manto.

Este cuerpo prometido a la putrefacción es el punto final de un recorrido. Su comienzo es tan enigmático como su final, y este misterio es la falta de una palabra para nombrarlo. Vale la pena recordar una anécdota infantil:

- ¿Mamá, de donde vienen los niños? -La madre moderna le relata el cuento de la semilla fecundada por el papá. El niño insiste...
- ¿Pero de dónde viene la semilla?.
- Fue heredada de la abuela.
- ¿Mamá, y la abuela de dónde viene?.
- Niño, déjate de tonterías que estoy trabajando.

Una palabra que falta en el origen es llenada por un mito que organiza la vida ciudadana.

Desde esta perspectiva es bastante fácil entender la postura de un Michel Foucault, aunque no la compartamos. Para este filósofo francés el cuerpo es una x , un objeto = x , que cada cultura ha llenado conceptualmente de un modo u otro. Al mismo tiempo, el cuerpo es un objeto sobre el cual intervendrá el poder para apropiárselo, gestionarlo, normalizarlo,... y, al mismo tiempo, es el lugar de la resistencia al poder.

Desde el psicoanálisis podemos decir que hay que distinguir entre el organismo, lo viviente, y el cuerpo. El organismo, que es la condición para la construcción del cuerpo, está regido por las leyes biológicas y es necesario que esté vivo. De esto habla Freud cuando apunta que el cuerpo es libidinizado narcisísticamente, en donde la indicación expresa al mito de Narciso nos reenvía al Lacan del estadio del espejo.

En ese momento de la obra de Lacan, éste considera que para hacer un cuerpo se precisa un organismo vivo más una imago, porque esta última, situada a medio camino entre lo imaginario y lo simbólico, es la que organiza el cuerpo. Pero más adelante será lo simbólico, es decir la cadena significante, el pivote que organizará, que ordenará el cuerpo.

Lo simbólico -es decir el lenguaje constituido por elementos discretos, los significantes que hacen cadena- es lo que posibilita que el niño se reconozca en la imagen del espejo.

Dicho de otra manera, el cuerpo propio nace alienado a la imagen del otro, y esta alienación constitutiva está predeterminada por el buen uso del lenguaje que introduce la función de la falta.

Todo esto puede parecer pura teoría, pero se corrobora en la clínica.

La clínica de las psicosis muestra que los fenómenos que van a coronar las formulaciones psicoanalíticas se ubican del lado de la esquizofrenia, puesto que en esta patología resaltan las alucinaciones corporales. Por ejemplo, un paciente esquizofrénico tuvo la idea delirante de que su cuerpo llegaba desde mi despacho al estadio Santiago Bernabéu. En casos como éste, es sabido que apelar a la realidad, es decir a lo inextensible de nuestro cuerpo, a la distancia, a los coches de por medio, etc., es absolutamente inútil, puesto que sus alucinaciones son reales y hablan de una profunda alteración de su cuerpo. Sin embargo, su organismo sigue presentando una unidad inalterada.

La contrapartida viene de la clínica de las neurosis y, específicamente, de las parálisis histéricas. En este síntoma la parálisis es real, alcanza al organismo, pero lo alcanza de una manera singular: no sigue las leyes de la neurología. Por otra parte, hay que reconocer que el síntoma histérico no es una mala solución, puesto que le ahorra al sujeto la angustia. Recuerden que el primer Freud nos muestra una necesidad acuciante de diferenciar la histeria de la neurosis de angustia, diagnóstico diferencial que implica dos extremos: un cuerpo sintomático sin angustia y un cuerpo sede de la angustia. Ésta es otra manera de entender el cuerpo.

2. LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS.

Para trabajar desde la perspectiva de las nuevas tecnologías, en vez de entrar a discutir su extensión voy a tomar un punto preciso e innegable: el ordenador.

Esta última afirmación es contundente, puesto que se trata de algo obvio. Los microprocesadores integrados, ordenadores del tamaño de una mota montados sobre copos de silicio, están convirtiendo a nuestros coches y a nuestros electrodomésticos en máquinas más inteligentes que sus precursoras.

Sin embargo, lo que se esperaba, el aumento del ocio, no se ha convertido en ninguna realidad. Al contrario, los ejecutivos de las diversas empresas sufren un control infame, ya que prácticamente son seguidos las veinticuatro horas del día con distintos artilugios dependientes de estas nuevas tecnologías digitales, como son los ordenadores y comunicadores de bolsillo.

No es casual que con ello hayan llegado los “contratos basura” en oposición a los contratos de trabajo tradicionales que les aseguraban a los trabajadores un cierto, aunque pobre, porvenir laboral.

La era de la responsabilidad de las empresas ha tocado fin, y no porque los empresarios sean malas personas siempre dispuestas a explotar a los obreros, ha tocado fin porque la tendencia actual es a la efimerización del trabajo, tendencia dada por la revolución digital.

“Si no le cierras la puerta a tu trabajo, éste invade el resto de tu vida, haciendo difícil que dediques atención a tu tiempo libre”, nos dice Peter Hanson, autor de “Stress for Success”. En los anuncios de “Lo harás” un ejecutivo se conecta a una videoconferencia desde lo que parece una cabaña al borde del mar: “¿alguna vez has

estado en una reunión descalzo?. Lo harás, y la empresa que lo hará posible será... AT&T”.

Paralelamente a estos fenómenos, está la tendencia ya nombrada a la irresponsabilidad del sujeto. La prueba es que los lugares anónimos de Internet son los más frecuentados, lo que repercute también sobre la forma de tener los bienes.

Recordemos lo que dice Lacan en el Seminario 7: “Definimos el bien, en la creación simbólica, como el inicio desde donde parte el destino del sujeto humano en su explicación con el significante. La verdadera naturaleza del bien, su duplicidad profunda, se debe a que no es pura y simplemente bien natural, respuesta a una necesidad, sino poder posible, potencia de satisfacer. Debido a este hecho, toda la relación del hombre con lo real de los bienes se organiza con relación al poder que es del otro, del otro imaginario, de privarlo de ellos”.

El problema es que los bienes en la cibercultura tienden a inmaterializarse. Para tener un punto de apoyo firme es necesario no confundir lo material con lo real de los bienes.

Es posible afirmar que en este mismo momento la información circula a través de cables de fibra óptica, codificada como impulsos luminosos. También es posible que técnicos de los laboratorios Bell trabajen con la idea de ordenadores que funcionen con fotones, las partículas de masa nula que constituyen la luz.

La información deviene un bien efímero cuyo real está determinado por el enorme volumen disponible en cada momento y que nadie tiene la posibilidad de quitar. Sin embargo, al lado del volumen de información están las zonas prohibidas, casi siempre información militar o económica, que promueven el goce de la transgresión por el que circulan los piratas informáticos.

En Estados Unidos, la convergencia de las nuevas tecnologías con las visiones místicas que genera el cambio de milenio ha producido una multitud de sectas religiosas que exaltan la cibercultura. Michael Hutchinson, en su libro “Mega Brain Power: Transform Your Life Mind Machines and Brain Nutrients”, convierte a las nuevas tecnologías en una entidad divina que puede salvar a la humanidad.

Estas profecías americanas que hablan de una felicidad posthumana, enmascaran las diferencias entre el primer y el tercer mundo, el abismo que separa las élites

informáticas e informadas de las masas analfabeto-informadas, problemas que resurgirán en el segundo milenio.

3. EL CUERPO Y LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS.

Lacan, en su trabajo titulado "La tercera", habla del cuerpo y de la angustia en los siguientes términos: "¿De qué tenemos miedo?. De nuestro cuerpo. La angustia es, precisamente, algo que se sitúa en nuestro cuerpo, es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos embarga de que nos reducimos a nuestro cuerpo".

Conectado durante horas a la red, la vuelta produce una sensación de extrañamiento, en el decir de algunos, unos instantes de vacío hasta el reencuentro con el cuerpo.

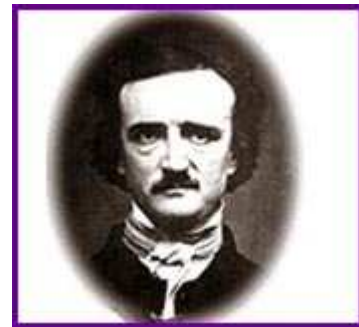
La realidad virtual intensifica esta impresión, puesto que permite evadirse de las cárceles del cuerpo, mientras que el retorno reenvía a la sensación de reducirnos a nuestro propio cuerpo. En ese momento aparece o reaparece la angustia, que en un movimiento circular propone a la compulsión como única salida.

La compulsión cibernética está facilitada por el anonimato, es decir la falta de responsabilidad del sujeto, que reingresa a través de la pantalla hacia lugares donde el goce sexual no tiene consecuencias, allí donde se puede encontrar de todo y para todos los gustos, y donde lo que se ahorra es lo real del cuerpo, es decir sus olores, sus hedores, sus sudores.

Lo real es la pantalla que nos devuelve un cuerpo languidecido por las horas de espera. Sin duda, además de lo anterior, el cuerpo es sede de combates políticos como el derecho al aborto, el uso de tejidos fetales, el tratamiento del SIDA, el suicidio asistido, la eutanasia, las madres de alquiler, la ingeniería genética, la clonación, etc.

Da la impresión de que, en este fin de milenio, podemos decir del cuerpo lo que dijo Pablo: el cuerpo glorioso está prometido al ordenador, mientras la carne languidece en la butaca frente a luminosas pantallas digitalizadas.

**Edgar Allan Poe, el genial escritor al
que se suele considerar como el
creador de todo un género literario:
la novela policíaca.**



NOTAS SOBRE LA SOSPECHA

ARTÍCULO PUBLICADO EN LA REVISTA “ACENTOS” Nº 19, DE FEBRERO DE 1999.

0.

0 - 1. “Diccionario etimológico de la lengua castellana”, Joan Corominas. Sospechar: del latín imperial “suspectare”, del latín clásico “susplicari”. Der: sospecha, sospechoso.

0 - 2. Las significaciones que la etimología propone son múltiples y contradictorias, es decir: antitéticas. Tengamos en cuenta para nuestro uso el abanico de significaciones que va de “suspiciacia” a “sostén”.

0 - 3. “Diccionario de la lengua española”, Real Academia. Sospecha: “aprehender” o “imaginar” una cosa por “conjeturas” fundadas en apariencias o visos de verdad.

0 - 4. De la definición académica podemos resaltar el vínculo de la “sospecha” con la “verdad”. Relación sospechosa, a decir verdad, puesto que el punto de partida es la conjetura sobre una supuesta verdad y, si esta verdad se verificase, cesaría la sospecha al devenir la certeza.

0 - 5. De lo anterior se deduce que la sospecha “suspende el tiempo”, es decir que es un momento transitorio (por muy prolongado que éste sea) que lleva a una conclusión: la verificación o no de una verdad.

1.

1 - 0. Entre la sospecha y la verificación o no de la verdad se desarrolla todo un género literario: la novela policíaca. Muchos consideran a Edgar Allan Poe el primer especialista de este género y el creador de su primer detective: Augusto Dupin, quien

será el protagonista de tres de sus narraciones: “Los crímenes de la calle Morgue”, “El misterio de Marie Roget” y “La carta robada”.

1 - 1. J. Lacan se sirve de esta última narración, “La carta robada”, para extraer algunas consecuencias psicoanalíticas. Su estructura hace posible leer en ella la repetición, por la insistencia de la cadena significativa. En esa insistencia está oculto lo que se repite, lo cual es sumamente importante porque, para que exista la sospecha en el mundo, es necesario que la verdad pueda ocultarse, que la verdad pueda esconderse. Estamos en lo que sostiene a la sospecha y hace posible el sospechoso.

1 - 2. El “sospechoso”, de esta manera, es aquel que pudo haber escondido, ocultado una verdad. Si la sospecha es un tiempo suspendido, el sospechoso pasa a ser sospechoso para siempre aunque se demuestre que no ocultó la verdad. En la psicología de las masas se puede observar que, transformar a alguien en sospechoso, es una maniobra forzada en las luchas de poder... y de aquí se deduce el poder de la sospecha.

2.

2 - 0. En otros casos se constata la voluntad de mantener “la sospecha como una posición de goce” inmovible, y esto hace a la clínica de la sospecha.

2 - 1. El ejemplo más claro de lo anterior es el del “celoso” que retrocede ante la posibilidad de encontrar una prueba evidente de la infidelidad, de la mentira. El sujeto prefiere mantener el goce de la sospecha antes que la verificación de la verdad. Esto por varias razones, de entre las cuales, las dos fundamentales son: la primera, por lo que en freudiano se llama “beneficio secundario”, y que se manifiesta en su sostener la procrastinación; y la segunda, por el “beneficio primario”, que funciona como un condensador del goce que fija la satisfacción. Mantener la sospecha le evita entender que la falta está en el Otro, que hay una falta en el otro, que el Otro falta.

2 - 2. Las relaciones entre el “mantener la sospecha” y el “amor” no son fáciles de dilucidar: en algunos casos, la sospecha funciona como condición del amor pero, en otros, el amor es la condición de la sospecha.

2 - 3. En la “psicosis” no funciona la sospecha, funciona la certeza. La sospecha se instala como elemento segundo con relación a la certeza. El odio en la paranoia puede hacer del otro un celoso, o del sospechoso un ser odiado. El amor en la erotomanía se confunde con la certeza, no quedando lugar para la sospecha.

**“En la figura que se llama
‘oximoron’, se aplica a una
palabra un epíteto que parece
contradecirla; así los gnósticos
hablaron de una luz oscura; los
alquimistas, de un sol negro.”**

Jorge Luis Borges.



EL SILENCIO DE LA INTERPRETACIÓN

I.

Una primera aproximación a la interpretación supone tener en cuenta el contraste entre el silencio y la palabra, para delimitar el punto de inflexión que aquella produce en el analizante.

Este punto de inflexión, que puede ser tratado de múltiples maneras, será cernido en la diferencia entre el trabajo asociativo y el trabajo analítico. El trabajo asociativo que está íntegramente en el registro de la transferencia negativa, es promovido por esa demanda del analizante de ser amado por su analista. El trabajo analítico hace llegar al saber en el lugar de la verdad.

Diferencia no clara, de límites borrosos, que tendría que ajustarse más en función de la clínica, pero que puede ser útil para dar a entender el silencio de la interpretación.

El trabajo asociativo es fruto del pedido del analista, del pedido al analizante de que tenga por regla la asociación libre, de que se deje llevar por las palabras, lo que acarreará una infinitización metonímica que conduce al análisis a una inflación imaginaria sin salida. Así, lo que en su momento fue un avance freudiano, hoy aparece como un obstáculo.

El trabajo analítico, por el contrario, es el trabajo del analizante bajo transferencia que produce un saber sobre la verdad de su posición subjetiva.

La tendencia casi natural del analizante es perpetuarse en el trabajo asociativo, trabajo que en muchas ocasiones deja transparentar un mundo ideológico subyacente que le sirve de soporte más o menos consistente. Es el caso del trabajo asociativo que,

enredado en la trama edípica, se perpetúa sobre este gozne, sesión tras sesión, cada vez más alejado de un auténtico inconsciente, bordeando el camino de la repetición.

La interpretación como táctica, sobre el trasfondo de la estrategia transferencial, apunta directamente a producir una inflexión que cambie el trazado asociativo por el trabajo analítico. Éste es uno de los motivos por los cuales la interpretación puede ser cualquier dicho.

De otra manera: la interpretación apunta a un cambio de sentido -como está escrito en las autopistas- de las cadenas asociativas. Cambio de sentido que puede tener múltiples direcciones imposibles de prever anticipadamente y que sólo a posteriori marcará su eficacia. Eficacia que se puede constatar si hay un cambio del sujeto en relación a lo real. "Transmutación del sujeto" escribe Lacan en "La dirección de la cura". Este cambio, esta transmutación subjetiva consiste en una separación de lo imaginario de lo real.

Esta separación, a su vez, es hiancia, falta, borde o corte -según la topología que se trabaje- pero que privilegia la verdad sobre la exactitud, por lo cual la verdadera interpretación es siempre inexacta al cojear del lado del sentido.

En "El atolondradicho", Lacan afirma que la interpretación es sentido y va contra la significación. Sabemos que, en ese momento de su enseñanza, la significación es adscrita a lo imaginario y el sentido queda referido al sin sentido de la cadena significante.

Cambio de sentido que conduce a una reducción del eje a-a' y, por lo tanto, a una transmutación del eje A-S del esquema L. Es decir, que la interpretación introduce una falla, una falta de sentido, una pausa, un silencio que hace posible el pasaje del trabajo asociativo al trabajo analítico.

La introducción de este sin sentido tiene como condición de posibilidad el silencio del analista, posición indispensable para la emergencia interpretativa, de la misma manera que el ruido hace emerger el silencio.

Este silencio, que en rigor cumple la función de no responder a la demanda, incluida la no respuesta a la demanda de interpretación, en momentos puntuales de la cura puede tener efectos de interpretación. Lo cual abre el problema de la interpretación silenciosa. Este oximoron lleva el estudio de la interpretación a su límite último, límite

que puede ser escrito en forma de pregunta: ¿todo lo que tiene efecto de interpretación es una interpretación?.

Partir de tal pregunta, que es casi una definición, nos permite plantear la cuestión al revés: no toda intervención analítica es una interpretación, o no toda intervención analítica, incluido el silencio, es una interpretación.

II.

El ruido hace aparecer al silencio. El silencio del analista es la condición que hace aparecer la interpretación. Hay analistas que confunden el silencio con la interpretación, por eso no hablan; estos psicoanalistas mudos arrastran el trabajo asociativo hasta sus últimos límites: una enorme inflación imaginaria que degrada la vida del analizante.

A finales de 1966, cuando Lacan está elaborando su lógica del fantasma nos entrega, casi al pasar, una nueva articulación sobre la interpretación. Efecto de significación, afirma, pero significación como efecto de verdad. Este efecto buscado desde la dirección de la cura con la introducción de un significante en más, cuya única verdad es el ser el significante de la falta, ya que es imposible connotar a ese significante con índice de verdad o de falsedad.

Un significante en más sobre el trasfondo del silencio. Este silencio, lo sabemos, es el sostén del dispositivo en su no respuesta a la demanda del analizante. Sin embargo, no puede negarse, a veces el silencio en forma puntual produce una significación de verdad, un efecto de interpretación. Momentos imprevistos la mayoría de las veces, cuya variada fenomenología -que va desde la no respuesta en un momento de intensificación de la demanda que a veces toma la deriva de preguntas reiteradas, hasta el efecto que produce un silencio que acompaña a un estado de desolación- no permite discriminar la lógica de aquel efecto, en cuya base está la de sostener que no todo silencio produce efectos de interpretación. Esto nos marca su reverso: tampoco cualquier intervención parlante del analista es una interpretación.

Desde la perspectiva del silencio, entonces, dos silencios, o un silencio sobre el trasfondo del silencio, o un doble corte en el silencio. Un silencio mudo y un silencio que habla desde y para el analizante. Este último silencio es interpretado desde un significante supuesto al silencio. Es un significante no dicho.

De lo anterior es posible deducir que el efecto de interpretación es producto, por lo menos, de dos situaciones distintas: a) por un significante de más, que es el significante de la falta; b) por un corte en el silencio que hace surgir la falta de un significante por un significante supuesto, es decir, por un significante no dicho.

Desde esta perspectiva, no hace falta entrar en la discusión de si tal o cual intervención sería interpretación.

Basta tomar en cuenta si tal intervención o tal otra produjo una significación con efecto de verdad. Esto último se constata, siempre después de la intervención, por la deriva de la asociación libre que al virar produce un cambio de sentido, o lo que es lo mismo, una pérdida del sentido imaginario.

Pasar del trabajo asociativo al trabajo analítico es el efecto de una interpretación. Retomando una cita de "La dirección de la cura", Lacan afirma que "una interpretación no podría ser exacta sino a condición de ser... una interpretación". Dicho de otra manera: la interpretación se mide por sus efectos.

Pensar que puede haber una técnica de la interpretación que la pueda estandarizar es olvidarse de que cada cura es singular.

No la única, pero una de las ventajas de entender la interpretación por sus efectos es dejar de lado cualquier taxonomía de ésta. De esta manera, el cálculo interpretativo disminuye, ya que hasta el saludo inicial de cualquier sesión puede relanzar hacia el trabajo analítico, en el bien entendido que no todo lo no calculado produce ese efecto.

Apertura asociativa, cambio de sentido, significación de verdad que apunta a lo real de la mano del lenguaje, en la medida misma que el lenguaje es ya una interpretación de lo real. Interpretación, puesto que la lengua horada en la superficie de lo real del surco del sentido.

La interpretación de los sueños realizada por Jacques Lacan en la reseña del seminario de la ética refuerza lo anterior. Allí escribe: "Sin embargo, confiábamos en que algo registre la conciencia del psicoanalista: que del inconsciente no le llega a través del sueño más que el sentido incoherente que éste fabula para vestir de frase lo que articula".

Lo que del inconsciente es articulado, el sueño, es una interpretación salvaje (otra metáfora) dada por el sentido incoherente que el lenguaje porta; mientras que la interpretación analítica hace aparecer la falta que toda frase en su gramática lleva

consigo. Falta por donde es reabierto la vía regia hacia lo real producida por el significante en más de la falta o por el silencio que se significantiza por un significante supuesto.

III.

Ya sea una interpretación silente o una interpretación parlante, la interpretación no puede aislarse de la posición del sujeto bajo transferencia. De otra manera: si sabemos desde “La dirección de la cura” que la interpretación es la táctica que opera desde y en la estrategia transferencial, la subordinación de la primera a la segunda es el eje de dicha dirección.

“Sólo que es proveniente del Otro de la transferencia, cómo la palabra del analista será escuchada”, lo que queda sólidamente demostrado cuando el analizante interpreta como signo de amor, de rechazo, de odio, como signo en definitiva, una intervención cualquiera del analista. Efecto de transferencia inevitable que muchas veces condiciona el cierre del inconsciente.

Llevada la posición anterior hasta sus últimas consecuencias, puede afirmarse que la transferencia determina lo que es o no interpretación.

La afirmación anterior implica abrir una pregunta necesaria: ¿qué es una interpretación?. A esta pregunta la respondemos una vez más desde “La dirección de la cura”: una interpretación es lo que tiene efecto de interpretación, es decir que una interpretación se define como tal a posteriori. Si una intervención del analista, calculada o no, tiene efecto de interpretación, es una interpretación.

De esta manera la pregunta se desplaza, puesto que ahora recae sobre los efectos de la interpretación. ¿Cuáles son los efectos de la interpretación que hacen que la interpretación sea una interpretación?. Esta pregunta, a su vez, puede responderse de muy distintas maneras: relanzamiento de la cadena asociativa, conmoción de la causa del deseo, mutación subjetiva, cambio en la posición de goce del analizante, articulación del saber sobre la verdad, efecto de significación de verdad y un largo etcétera según diversos autores y momentos. Respuestas que están determinadas por la concepción que cada analista tenga de la neurosis. Esto puede leerse en la historia del psicoanálisis. De la interpretación del síntoma a la interpretación de la resistencia, incluso en las construcciones, existe una correspondencia de la teoría de la neurosis y de la interpretación. Todas, sin embargo, tienen como mínimo común denominador un cambio, una mutación, en la posición del sujeto bajo transferencia.

Lo anterior no es sin consecuencias, puesto que si la posición del sujeto bajo transferencia transita de acuerdo a la ley de su fantasma, dependerá de la consistencia de este último la posibilidad de una interpretación. Esta consistencia de goce determinará si puede o no el analizante recibir su propio mensaje en forma invertida, puesto que esta inversión del mensaje es el punto de partida del Otro en la transferencia.

Esta inercia del goce que entorpece su paso al significante, esta resistencia estructural del goce bajo transferencia, es la causa por la cual los posfreudianos entraron en el callejón sin salida de la interpretación de la transferencia en su vertiente de resistencia.

De esta subordinación de la interpretación a la transferencia, también, puede deducirse que no hay una interpretación específica para distintos momentos de la cura. Es decir, que no es lo mismo una posición donde prima el Sujeto supuesto Saber que otro momento en el que el analista ocupa la posición de (a), posiciones que serán determinantes, que serán el eje de la escucha de la interpretación. Entre un momento y otro está la elaboración del analizante, incluyendo sus propias construcciones sobre las posiciones de goce.

También puede afirmarse que la diferencia entre una interpretación espontánea, es decir, una intervención cualquiera del analista que produzca efectos de interpretación, y una interpretación calculada o razonada, es decir, un cálculo desde el no saber sobre los significantes del analizante, es mínima; y lo poco de esta diferencia, que queda determinada por la intencionalidad del analista, tiende a desaparecer cuando se la lee desde el "a posteriori".

Pero un real insiste si la pregunta es por la eficacia interpretativa, en el sentido de los efectos máximos o mínimos de la interpretación. Es decir, si la pregunta por los efectos toma la deriva cuantitativa: ¿por qué tal interpretación aparece como decisiva en una cura y en otra no?. Lo real como efectos de sorpresa insiste sobre la posición transferencial del analizante, como puede leerse en el cálculo de la interpretación.

“La certeza, (...) que no está solamente en San Anselmo -porque la encontrarán también en Descartes-, aquélla que tiende a fundarse en la perfección objetiva de la idea para fundar en ella su existencia, (...) si se mantiene a pesar de toda la crítica, (...) es por no ser más que la sombra de otra cosa, (...) la certeza de la angustia.”
Lacan en la clase XVII del Seminario 10.



UN PROBLEMA DIAGNÓSTICO

**Conferencia impartida en Enero de 2003 en el
Centro de Estudios sobre la Inmigración**

INTRODUCCIÓN.

En el seminario de casos clínicos me vieron dar vueltas, ir y venir por los entresijos del caso, avanzar y retroceder, deslizarme por los meandros oscuros de la fenomenológica, intentar pensar el diagnóstico desde la creencia y la certeza, hasta meterme en un callejón sin salida que llevó a que quedaran demasiadas cosas pendientes que intentaré retomar. Pero como la única salida para un callejón sin salida es la entrada, hay que volver al principio para que en la articulación del caso pueda ser posible despejar las cuestiones pendientes.

Recordarán cómo comenzó la exposición: el portero del edificio vecino, un día me sorprende preguntándome por mis honorarios. Devuelta la pregunta, como es de rigor en este tipo de situaciones, me responde que está muy preocupado por un sobrino suyo, un joven de 19 años, inmigrante de origen peruano, quien desde que llegó a Madrid está muy agresivo con la madre. Le doy mi teléfono y al poco tiempo recibo una llamada de Irina, la madre del joven, que quiere tener una entrevista para hablar de su hijo.

PRIMERA ENTREVISTA.

A la hora convenida llega Irina, una mujer de 41 años, que presenta claros rasgos de su origen peruano. Me advierte que viene a consultar por su hijo porque alguien

conocido le dijo que sería bueno hablar con un “psicólogo”. Su hijo Sandro no quiere venir, y por eso es ella quien me consulta. Según Irina, su hijo desde que llegó a Madrid está muy agresivo con ella, la insulta y afirma que la odia, existiendo incluso agresiones físicas veladas que pasan como accidentes casuales. Un ejemplo que me pone es el de una escoba que se le cayó a Sandro, por un aparente descuido, y que la golpeó a ella. Este tipo de situaciones la tienen muy tensa y con mucho miedo de su hijo.

Un fenómeno que ha aparecido últimamente aumenta su preocupación: su hijo gasta todo su dinero en la compra de pequeños espejos que va acumulando con el pretexto de venderlos en Perú. La madre tiene que poner dinero para poder pagarlos.

De palabra y hechos, Sandro le ha confirmado lo que ella no quiere saber: que no deseaba venir a vivir a Madrid, que allí, en su pueblo de Jaén (Perú) tenía un grupo de amigos, y que aquí se siente solo, aislado, y no puede salir de su casa. Esta situación se ha agravado desde que dejó el trabajo que tenía, en la misma cafetería donde trabaja la madre, por una pelea con el encargado de personal.

Irina también tiene una hija, dos años menor que Sandro, que llegó a Madrid en la misma época que su hermano y que mantiene con éste relaciones tirantes, pero no le tiene miedo. Esta hija reconoce muchos de los comportamientos de Sandro, su tendencia agresiva, como algo habitual, ya que en Perú también los tenía.

En aquella primera entrevista quedan claras algunas cuestiones: Irina llega a Madrid hace cuatro años, no sabe dar razones concretas de su inmigración -en el sentido de razones particulares- y todas sus explicaciones están teñidas de los tópicos habituales, lo que no quiere decir que no sean verdaderos: quería mejorar su situación vital, quería darle un mejor porvenir a sus hijos, etc. Sin embargo, da la impresión de que el motivo central está relacionado con sus hermanos y hermanas, que viven en España. Fue un traslado realizado en forma abrupta. Sus dos hijos, Sandro y Susana, se quedaron viviendo con una prima de ella que, poco después de su partida, los abandonó. Desde ese momento vivieron solos con el dinero que la madre les enviaba.

El padre de sus hijos es una persona muy agresiva, motivo que la llevó a separarse. Su ex-esposo no estuvo de acuerdo con su viaje a Madrid, lo que hizo más difícil toda la situación. Este hombre es un militar peruano que participó en la primera línea de combate contra Sendero Luminoso y quedó marcado por la crueldad de tal lucha.

Irina le cogió mucho miedo porque, en el momento de la separación, tuvo actitudes agresivas que llegaron hasta la amenaza con la pistola reglamentaria, por lo cual ella le tuvo que denunciar en su mismo cuartel, tras lo que sucedió que sus compañeros militares no sólo no le hicieron caso, sino que incluso defendieron las conductas de aquél. Esta parte del relato no queda clara ya que no se sabe explicar cómo fueron esas agresiones. De hecho, a quien más teme es a su ex-suegra que, al parecer, duerme en la casa del ex-marido.

Logro entender, en medio de un lenguaje oscuro y enigmático, que su ex-suegra le ha echado un maleficio por medio del agua bendita de la iglesia de Jaén, el pueblo peruano donde vivía. Me da a conocer su opinión con relación a este tema: en Perú es muy común este tipo de prácticas que aquí, en Madrid, no se conciben, porque los españoles son muy fríos. Esto lo dedujo después de una visita a la parroquia donde vive, ya que el cura de ese lugar le afirmó que el agua bendita de Madrid no tenía propiedades para preparar hechizos. Irina tiene su opinión sobre estos temas, ella es creyente en la Virgen y también en el mal de ojos, la posesión diabólica, etc. Los españoles no creen en esas cosas y se dedican a explotar a los inmigrantes. Esto lo sufre en carne propia ya que trabaja en una cafetería de seis de la mañana hasta las dos de la tarde, momento de tregua tras el que ha de limpiar dos sucursales bancarias.

En una de esas sucursales bancarias trabaja junto a una amiga peruana con quien puede sincerarse y compartir todas estas vivencias desagradables, entre las cuales quiere destacar una semana de sufrimientos en los brazos, de pinchazos dolorosos, que remitieron cuando se lo contó a su amiga. Ésta hizo una consulta con un brujo que afirmó que Irina estaba poseída por un demonio que le había enviado la ex-suegra para martirizarla. Sus hijos también están poseídos, pero de distinta manera. Sandro es quien más sufre esta situación desde hace ya varios años. Comenzó con un estrechamiento de la camiseta, que lo asfixiaba, como si tuviera vida propia.

Me pregunta qué opino sobre estos temas, a lo que respondo que estoy ahí para escucharla. Mi respuesta no le satisface y, con un tono de cierta premura, demanda saber sobre mi posición con respecto a su creencia. Afirma que si yo fuera un psicólogo español la tomaría por loca, en cambio como soy un psicólogo sudamericano puedo entender a los inmigrantes. Éste es el significante de la transferencia que aparece en aquella primera entrevista, donde también entiende que la única forma de hacer algo por su hijo es venir ella a consulta, ya que Sandro no quiere venir.

Al finalizar surge el tema de los honorarios. Le propongo que me pague lo que le pagan a ella por hora y acepta. Mis honorarios se fijan en 5 euros la entrevista.

Queda claro: a) que su hijo es el síntoma que trae a la consulta; b) que todo lo relacionado con la brujería no es cuestionado por Irina; y c) queda una pregunta sobre su diagnóstico: ¿psicosis o neurosis?, ¿delirio paranoico o fantasma histérico?.

¿DIAGNOSTICAR?.

Sí, diagnosticar es importante por muchas razones, entre las cuales podemos destacar dos: 1) La posición del analista en la dirección de la cura, y 2) el psicofármaco preciso. Desde esta última perspectiva, no es lo mismo medicar a alguien que presenta síntomas histéricos que a quienes pueden necesitar neurolépticos.

Las modalidades diagnósticas como el DSM-IV, parten en sus algoritmos diagnósticos de la noción de personalidad, borrando las estructuras clínicas y marcando un continuo entre diversas patologías. De paso, olvidan el concepto de inconsciente y se refugian en un marco adaptativo que hace posible una medicación combinada. Nuestra modalidad diagnóstica, sin embargo, al priorizar la estructura marca las relaciones del síntoma con el inconsciente.

LAS ENTREVISTAS SIGUIENTES.

Irina viene a mi consulta dos veces por semana desde hace cuatro meses y, en ese tiempo, se ha ido historizando su devenir vital que ordenaré cronológicamente para su mejor comprensión, pero en el bien entendido que esta temporalización es una construcción, es decir, que no aparece igual en el transcurrir de las entrevistas.

Irina nace en Jerez, un pueblo de la sierra peruana, transcurriendo su infancia en medio de la pobreza, la suciedad, y un grupo de hermanos que le cuesta situar. Realiza estudios primarios (sabe leer y escribir) en el colegio del pueblo. Apenas conoce a su padre, un hombre huraño y solitario que, siguiendo las costumbres locales, trabaja en el campo -donde vive alejado de la familia que tiene su casa en el pueblo- y sólo baja a verlos los fines de semana. Por lo tanto, es la madre la que cuida, si se puede emplear esa palabra, de los hijos, quienes más de una vez pasan hambre y cuyo refugio es la parroquia del pueblo.

Desde pequeña Irina se hace muy creyente y cumple todos los ritos católicos. En particular, cree en la Virgen María que, en el fondo, es una figura que encubre la adoración por la Pacha Mama, divinidad incaica que está en el trasfondo del

cristianismo peruano. De esta manera se puede entender cómo los carnavales son para ella la “fiesta del diablo de los espejos”, cuya representación popular la constituyen hombres disfrazados con capas en donde están cocidos miles de pequeños espejos. Esta fiesta anual, donde se consume chicha de maíz, es uno de los momentos de encuentro entre los sexos, y es justamente en una de esas fiestas donde Irina conoce al que luego será su marido. La tradición conserva también otra fiesta en esos pueblos andinos: la adoración a la Pacha Mama (la madre tierra) a quien se le ofrendan “choclos”, es decir, mazorcas de maíz. En estas fiestas radican las creencias populares en “el mal de ojos” y “la maldición de la leche” -que consiste en pellizcar el seno de una embarazada a quien se odia para que se le “corte” la leche.

Todo lo anterior viene a cuento para entender las coordenadas simbólicas del mundo de Irina, donde las relaciones entre padres e hijos tienen otra dimensión. Así podemos entender que el dejarlos para venir a Madrid casi no produzca culpa y sea vivido como algo del destino, aunque los hijos tengan que arreglárselas solos con muy pocos años.

Se enamora en unos carnavales y se casa por capricho, contra la voluntad de su padre, ya que quien iba a ser su marido era de otro pueblo. Aquí también tenemos que resignarnos a que el relato quede en cierta ambigüedad, ya que el hablar de Irina se llena de sobrentendidos, de datos contradictorios, de imprecisiones, donde es difícil discriminar qué corresponde a su forma peruana de hablar el español, qué a evitar que se enteren los que hacen de ella una poseída, o qué puede tener que ver con neologismos.

Lo que sí es posible discernir con cierta seguridad son los dos vectores que ya están en la primera entrevista: El primero es todo lo referido a su hijo, lo que podemos llamar su síntoma, y el segundo vector está en relación con la brujería, la posesión, lo cual es vivido con mucho miedo pero, al no hallarse para Irina fuera del orden de lo normal, no es motivo de consulta. Estos dos vectores tienen un punto de cruce que será definitivo para que Irina obtenga un alivio en su malestar y deje de venir a mi consulta.

El hijo tiene problemas desde muy corta edad, es decir, desde bastante antes de que Irina viajara a Madrid. Lo primero que recuerda es que, siendo muy pequeño, afirmaba que la camiseta le apretaba el cuerpo, especialmente el cuello, lo que hacía imposible que se la quitara en mucho tiempo. Piensa que esto coincide con las primeras peleas con su esposo, por lo que ahora sospecha que tiene que ver con fenómenos

producidos por el agua bendita y los manejos de su suegra. Pero esta significación es reciente.

Irina tiene dificultades para recordar los tiempos, las fechas, los años en que sucedieron los hechos, lo cual no parece deberse a trastornos de la memoria o a déficits simbólicos. Esta situación nos habla de una modalidad simbólica distinta, ni mejor ni peor que la nuestra, ni primitiva, ni pre-lógica, sino simplemente diferente, más ligada a los fenómenos del nacimiento y de la muerte. Por ejemplo, no puede recordar los años que tenía Sandro cuando el fenómeno de la camiseta, sólo sabe que era pequeño. Pero no tiene duda en afirmar que: “fue cuando nació mi segundo sobrino, el de mi tercer hermano”.

Esta disquisición viene a cuenta del diagnóstico, ya que basarse en la noción de “comprensión” es un error muy común. Hay que tener presente que el yo de cada cual tiende a escuchar lo que no comprende como una formación psicótica.

Lo que Irina sí puede afirmar es que desde que su hijo llegó a Madrid las cosas van de mal en peor. Cada vez más agresivo, con más odio, y ella cada vez con más miedo porque piensa que su hijo ha heredado el carácter de su padre. La agresividad de Sandro ha aumentado después de un episodio con el encargado de la cafetería donde trabajaba, pero este episodio también queda marcado con ese aire confuso con el que relata las cosas que le angustian: unas veces dice que es el encargado el que agredió a Sandro, otras que fue Sandro el provocador, y lo único que queda establecido con certeza es que este último dejó el trabajo y se agravó la situación.

Reiteradamente, al final de cada entrevista me pregunta qué tiene que hacer con su hijo.

LA POSESIÓN.

Este síntoma, no reconocido como tal, comienza con las peleas con su ex-esposo. Al principio no quiere creerlo, pero lentamente, y por la influencia de una amiga, va tomando conciencia de que su ex-suegra está haciendo alguna brujería sobre ella y que es por eso que cada vez se siente peor. Lo que más le incomoda es sufrir de orgasmos que aparecen en los momentos más inesperados y, a veces, de forma repetida. Así, lo que antes fueron sensaciones placenteras, devienen ahora penosas por su carácter de algo impuesto.

Cuando se separan, su ex-esposo se va a vivir al piso de arriba desde donde la amenaza permanentemente. Su ex-suegra vive con él, y no queda claro qué quiere decir con “piso de arriba” y “duerme con su madre”. Pero es evidente para ella que algo le están haciendo, ya que su cuerpo realiza movimientos de torsión espontáneos e incontrolables. En otros momentos, una profunda tristeza con mucho llanto le invade el alma sin motivo alguno. Y aún hay algo más: le dirigen los sueños, es decir, hacen que sueñe cosas que no quiere soñar. Aunque no logro que explicita el contenido de estos sueños, algo tienen que ver con la Pacha Mama y con el Ekeko. Este último es un muñeco fumador y santero que tiene propiedades para traer la suerte. Guiada por su amiga, consulta con el sacerdote del pueblo quien -según la paciente - le confirma que hay un embrujo que le han realizado con agua bendita y que él, por una módica cantidad de dinero, la curará. Cuando relata este episodio, el primero de tres similares, me pregunta si puede o debe consultar con un brujo, a lo cual me niego.

Mencionaba tres episodios: El primero, éste del que dice que fue curada por el sacerdote. Del segundo, un episodio similar que incluyó alucinaciones visuales y perceptivas, ya que creyó ver a la Pacha Mama (que, por otro lado, en el culto popular no tiene forma ni imagen) y también sintió que distintos bichos le caminaban por la piel, cuenta que fue curada por un brujo. El tercero es el actual, que implica mucho más a su hijo.

Este último episodio está tejido sobre la nostalgia de su tierra natal, de dificultades en la vida cotidiana porque no termina de adaptarse a la vida de Madrid, ciudad en la cual se siente sola a pesar de estar en ella también sus hermanos, ya que con éstos mantiene una relación de lejanía.

UN FINAL MÁGICO.

Deja de venir y, a las dos semanas, me pide una nueva hora. En esa que será la última entrevista, me informa primero que ella está mucho mejor, que su hijo se ha curado totalmente, que está alegre, que sale de su casa, que tiene amigos. Estas novedades, que cuenta con satisfacción, según Irina son debidas a una consulta que realizó con un brujo africano que vive cerca de Madrid. Pagó 240 euros por esa consulta pero valió la pena. Hay que hacer constar que no está en el registro de la rivalidad imaginaria ni en el orden de la rebeldía, está contenta y, de una manera u otra, por la simpatía que me tiene piensa que me voy a alegrar. Nos despedimos con una sonrisa. No hay comentarios porque ante las preguntas que abre esta situación la única respuesta es lo real.

¿QUÉ DIAGNÓSTICO?

Recordemos lo que ya fue adelantado: lo importante en estos casos es diferenciar la neurosis de la psicosis, para lo cual debemos señalar los puntos diagnósticos que inclinan la balanza para uno u otro lado.

El primero es la presencia o no de trastornos del lenguaje. Pero, ¿cuáles son los fenómenos patognomónicos que mostrarían estos trastornos?. No es del orden de un lenguaje oscuro o incomprensible, no es del lado de un lenguaje bizarro, es fundamentalmente del orden del neologismo, definido este último como una significación que sólo remite a sí misma, que permanece irreductible (véase el Seminario 3). Palabras que pesan y que se salen o que son externas al código común. En este punto cabe señalar el discurso metonímico del esquizofrénico, o los trastornos sintácticos en el discurso paranoico. Todo lo cual nos va a llevar a entender estas alteraciones del lenguaje como fenómenos elementales.

A estas alteraciones del lenguaje pueden agregarse las frases interrumpidas, es decir, frases cortadas que dejan implícita la significación que falta.

En Irina no se aprecian este tipo de alteraciones, aunque a veces su lenguaje no sea del todo entendible por su modalidad peruana de hablar el castellano o por una ocultación hacia quienes le hacen los maleficios. En cualquier caso, su lenguaje incomprensible no es del orden neológico. Conviene recordar bien esto porque, en otras ocasiones, tales oscuridades llevan a errores diagnósticos.

Un segundo dato a tener en cuenta es la existencia de una neurosis infantil. De otra manera: si en la historia de un paciente aparecen datos claros de la existencia de una neurosis infantil, podemos inclinar la balanza diagnóstica para el lado de la neurosis. Este dato, que no es definitivo, es decisivo cuando aparece una psicosis infantil. No es el caso de Irina.

La alucinación no es patognomónica de la psicosis. De hecho, podemos ver alucinaciones en la histeria, como las vio Freud en sus primeros estudios. Sin embargo, si existen alucinaciones auditivas, si alguien escucha voces, nos hace pensar de inmediato en una psicosis. Mucho menos relevantes son las alucinaciones visuales o cenestésicas, que por sí solas no hablan de una psicosis. En Irina aparecen alucinaciones referidas al cuerpo, pero en ningún momento alucinaciones auditivas.

Sabemos que el síntoma neurótico es el retorno de lo reprimido y que su estructura es el retorno del significante, mientras que el síntoma psicótico es el retorno de lo real, por ello no corresponde hablar de “delirio histérico”. Podemos llamarlo “estados pasionales histéricos” que toman cierta modalidad de un delirio, pero lo que se evidencia es que estos estados histéricos se asemejan más al denominado “delirio onírico de la escuela psiquiátrica francesa”. Son al modo de una pesadilla, de un cuadro sonambúlico, de un desdoblamiento de la personalidad. Son efectos de la represión y no de la forclusión. Éste es el caso de Irina.

Tampoco constituyen un criterio definitivo las sensaciones persecutorias, a punto tal que la escuela kleiniana les ha dado el estatuto de normales al colocarlas bajo la descripción de “ansiedades paranoides”. Sin embargo, estas ansiedades paranoides pueden ser del orden de la certeza o del orden de la creencia.

LA CERTEZA, LA CREENCIA.

Aquí surgió el enredo en el Seminario Clínico, y esto no es casual ya que el traslado de la teoría a la clínica, a veces, presenta dificultades importantes porque estamos en presencia de instrumentos poco utilizados. De otra manera: ¿qué es la certeza?, ¿qué es la creencia?.

Para cercar esta pregunta se impone recordar que el psicoanálisis suele encontrar sus instrumentos en diversos discursos, pero cuando son incorporados a aquél, aparecen redefinidos. Es el caso que nos ocupa: la certeza o certidumbre es generalmente entendida, en su acepción habitual, como un estado subjetivo de profunda convicción, como efecto de una evidencia. Podríamos desarrollar este tema en forma más extensa pero no creo que éste sea el lugar, sólo agregar que conviene leer para ello a Descartes.

La certeza podemos afirmar que es un cortocircuito que se produce por una falla de lo simbólico, de modo que lo imaginario y lo real formulan una amalgama pegada por la certeza. Por el contrario, la creencia está sostenida en la separación de lo real y lo imaginario introducida por lo simbólico, para decirlo en términos del Seminario 3.

Citar el Seminario 3 de Jacques Lacan, donde trabaja el tema de las psicosis, es declarar que este utensilio clínico es introducido en el psicoanálisis por él, y, además, en referencia a la alucinación. En otras palabras, la certeza no toma en cuenta la realidad. El psicótico no tiene en cuenta la realidad de lo que le pasa. El psicótico puede incluso darse cuenta de que eso que ve, o percibe, o escucha no es del orden

de la realidad, que no está en la realidad, pero de lo que no duda es de que eso le concierne. Éste es el principio de lo que Lacan llamó “fenómenos elementales”.

Un psicótico bien puede reconocer que las voces que escucha sólo son escuchadas por él, que no son reales, pero lo que inevitablemente sostiene es que esas voces inexistentes le conciernen, son “autorreferenciales”, como dice la psiquiatría. Son paradigmas, son axiomas desde los cuales se construirá su delirio. Esto no deja de tener su importancia en la melancolía que, a diferencia de las melancolizaciones en las distintas neurosis, presenta el paradigma de autoinculpación.

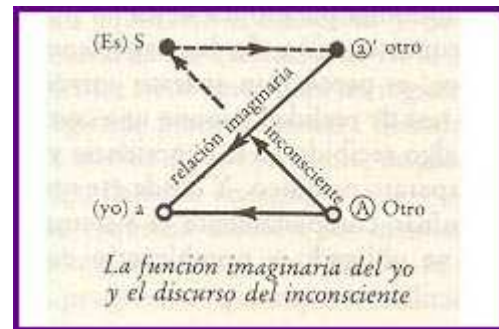
La creencia es de orden yoico, en el sentido imaginario del término. Se cree en Dios, por ejemplo, dentro de una constelación de creencias y, aunque se hable con él -eso es el rezo- no se cree que ese Dios tenga la exclusiva sobre el sujeto. Esto marca la diferencia entre el Dios de Schreber y el Dios del creyente. Se cree en la realidad de ese Dios.

En el caso de Irina, existen ciertas dificultades para situar el fenómeno pero todo lleva a pensar que sus creencias en las propiedades del “agua bendita” son eso, creencias. Para lo cual hay que tener en cuenta todos los fenómenos producidos por una cultura diferente, que en realidad remiten a la lengua.

Hay que agregar algo más. La alucinación, el fenómeno elemental, se basan en la certeza, pero esta certeza que podemos definir como radical, produce a su vez una nueva realidad. Dicho de otra manera: la certeza tiene la virtud de ser creadora, de crear otra realidad, la realidad del delirio que, no nos olvidemos, para Freud es un intento de curación, una manera de restaurar la pérdida estructural de la realidad. La certeza es creadora. En este sentido, está muy cerca del discurso de la ciencia, que también es creadora de nuevas realidades (las nuevas tecnologías, por ejemplo). Pero en Irina no hay creación, hay creencia en las propiedades mágicas de algunas sustancias usadas por alguien a quien ella teme. Y este miedo, este temor, es transferencial, es el “Sujeto supuesto Saber... Dañar”.

Con todo, no hay que menospreciar el peso de la creencia, ya que en la creencia del Ideal se asienta el poder del sugestionador que incluso puede tener efectos “milagrosos”. Su uso social se ve todos los días en la televisión.

El Esquema L tal y como aparece en “El Seminario 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica”.



YO FUERTE, YO DÉBIL.

TRABAJO LEÍDO EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1997 EN LAS “JORNADAS SOBRE EL NARCISISMO Y SU PATOLOGÍA”, ORGANIZADAS POR EL CENTRO DE ESTUDIOS Y APLICACIÓN DEL PSICOANÁLISIS, EN MADRID.

EL YO ES UNA UNIDAD IMAGINARIA.

Los adjetivos “fuerte” y “débil” están al uso en psicoanálisis. Es muy común escuchar hablar en los medios psicoanalíticos del yo débil de tal paciente, lo que lleva a una indicación precisa: hay que fortalecer el yo. En el maremagno de las significaciones, éstas son obvias: un yo fuerte es un yo normal, bien adaptado, sin fisuras. En cambio, el yo “débil” es un yo enfermo, desadaptado, inestable. De esta manera podemos colocar al yo “fuerte” como sinónimo de buena salud mental, y al yo “débil” como lo que habría que mejorar terapéuticamente para que la gente viva más feliz.

Esta forma de entender al yo es tributaria de pensarlo como una unidad sin fisuras, una unidad que estaría en la base de su constitución, en los cimientos de su fortaleza. Sin embargo, no creo que ésta sea la idea freudiana del yo. Basta con recordar las múltiples funciones que tiene el yo en la obra de Freud, para que quede evidente que el yo puede ser cualquier cosa menos una unidad personal que habla de buena salud. Del yo a la defensiva de sus primeros trabajos, situación que lo hace dividirse en la defensa misma, hasta el yo de “El yo y el Ello” (donde cumple la función de un campo de batalla en el que se libra el combate entre las fuerzas opuestas del Ello, del superyó y del mundo exterior), hay tal diversidad en los trabajos de Freud sobre el “yo”, que lo más normal sería no saber qué es el yo.

La casualidad hizo que cayera en mis manos un libro de Cioran, “Ese maldito yo”. Para este autor, el yo es el yo de la tristeza, una tristeza no patológica pero tristeza al fin.

Este yo triste de Cioran, es un yo del cual bien podría decirse que es un yo “débil”, incluso podría agregarse que es un yo “síntoma”.

Sea como sea, ese yo triste de Cioran está más cerca del concepto freudiano de yo, incluidas sus reconsideraciones lacanianas, debido a que los dos postulan que el yo es débil estructuralmente, que es un yo cuyo componente narcisista es tan potente que lo hace débil. Y esta cualidad es la que determina que el yo débil sea el más adaptado al cambiante mundo que lo rodea.

Poco antes de su muerte, Freud escribe un pequeño artículo: “Escisión del yo en el proceso de defensa”. Esta “spaltung” freudiana le sirve para mostrar la posición del yo frente al fetichismo, de lo cual deduce que cierta desgarradura del yo, cierta escisión, anula definitivamente la posibilidad de una síntesis del yo respecto a la realidad. Dicho de otra manera, en este escrito la posición se invierte y Freud muestra que la verdadera realidad es la realidad psíquica generada por la castración.

Su conclusión nos lleva a pensar que quizás convendría cuestionar algunos términos para poder seguir avanzando, y el primer término a cuestionar es el de adaptación. Porque... ¿qué es la adaptación?. Se supone que el yo se adapta a una realidad exterior de la cual obtiene las mejores cualidades para sobrevivir. Pero esto, que parece tan obvio, tropieza con la dificultad de no saber lo que es la realidad, ya que si hablamos desde el más poderoso sentido común, la realidad es lo que se ve, lo que se toca, lo que está ahí incluso independientemente de nuestros sentidos,... lo cual ya es mucho decir, ya que la realidad descrita no puede ser más que una realidad dada por la percepción. En otras palabras, la realidad es precaria; y cualquier adaptación a la realidad también lo ha de ser.

Pero entre las volutas de esa presunta realidad, siempre supuesta y algunas veces percibida, está por un lado la afirmación freudiana, y por otro la corroboración lacaniana, de que los psicoanalistas tienen un yo más débil que el común de los mortales.

Para confirmar esta afirmación, basta recurrir a “Análisis terminable e interminable”: “...el analista no alcanza generalmente en su propia personalidad el grado de normalidad al que quisiera hacer llegar a sus pacientes”. Mientras que Lacan, en “Variantes de la cura-tipo”, señala que los psicoanalistas tienen un yo anormal, muy por debajo del promedio, y que esto puede deberse a dos cosas: la primera, a que quien elige ser analista lo puede hacer precisamente por esa debilidad yoica; y, la

segunda, al hecho de estar todo el tiempo recibiendo influencias neuróticas de sus pacientes (es decir, como una especie de enfermedad profesional).

El yo maldito de Cioran que -como dije- es el yo de la pura melancolía, el yo anormal de Freud, o el yo por debajo de la media de Lacan, pueden llevar a distintas conclusiones, pero una se impone por su propio peso: el yo de los analistas es un yo enfermo, débil, que sería la contrapartida de ese señor exitoso, con un yo fuerte, caracteropático que diría Wilhelm Reich dentro de su locura. Aunque parezca mentira, este esquema maniqueo ha infiltrado el cuerpo teórico del psicoanálisis degradando su uso y abusando de él, sobre todo, en los análisis (si así pueden llamarse) de los psicóticos. Al intentar fortalecer la integridad imaginaria del yo, se olvidan de que esa supuesta integridad estaría determinada por la palabra, y que es inútil recurrir a las duchas frías, o a la colección interminable de psicofármacos, para intentar que la separación entre lo imaginario y lo real conduzca al sujeto psicótico, en el mejor de los casos, a una estabilidad siempre a punto de volver a romperse.

EL YO FREUDIANO Y SUS CUATRO VECTORES.

Cada cual puede tomar el atajo que más le convenga. Ni mejor ni peor, el nuestro es haber elegido hablar de los cuatro vectores por los que transita el yo freudiano.

El primer vector que aparece es el yo como sede de las defensas frente a lo pulsional. Esta posición es temprana en la obra de Freud y se inaugura con su artículo “Las neuropsicosis de defensa”. Vale la pena recordar que cada neurosis tiene una defensa que le es propia y que da lugar a una primera clínica psicoanalítica. Es así como se diferencian histeria, obsesión y paranoia.

El segundo vector es el del yo unido al sistema percepción-conciencia, invariante que se mantiene en toda la obra de Freud debido a sus dificultades para establecer el estatuto de la conciencia. Apunto que, en “Más allá del principio del placer”, deja a las investigaciones por venir la solución del estatuto de la conciencia, guante que es recogido por Lacan para resolverlo por medio de un apólogo: la conciencia sería una filmadora automática que funciona por sí, dejando imágenes de un lago solitario. Pero hay más, ya que lo que está en cuestión también es el estatuto de la percepción. Podemos comprender que Freud, que viene de la neurología, tenga una visión biologicista de la percepción. Para decirlo de otra manera, las papilas gustativas, las células de la retina, las terminaciones nerviosas del oído interno, captarían directamente las señales que vienen del mundo exterior. Sólo serían filtradas aquellas

potencialmente peligrosas para los órganos de los sentidos. Pero con todo el desarrollo del psicoanálisis, podemos comenzar a cuestionar esta percepción adecuada entre el “percipiens” y lo percibido. Hay, existe un filtro, y ese filtro se llama inconsciente, siempre y cuando lo entendamos estructurado como un lenguaje. Un ejemplo simple nos ayudará a sostener esta posición: un músico escucha muchos más sonidos que un no músico, su entrenamiento musical le lleva a tener una percepción distinta del resto de los mortales. Y lo mismo pasa con el pintor, que puede distinguir una serie de colores que pasarían desapercibidos por otra gente. Lo que comúnmente se llama la deformación profesional, también tiene que ver con esto, con una manera particular de percibir el mundo. Lo percibido no es entonces un fenómeno exclusivamente neurológico, sino que tiene su dimensión simbólica. Es más, esta dimensión simbólica es la principal determinante de la percepción.

El tercer vector por donde transita el yo freudiano, está determinado por las relaciones de éste con la realidad. En este vector hay que tener claro que Freud no define la realidad “exterior”, ni habla de que exista una armonía preestablecida entre el yo y la realidad. Para Freud, y esto es lo que marca su diferencia con otras formas de conceptualizar este tema, el yo está en relación con la pérdida de la realidad. Realidad perdida que es diferente en la neurosis y en la psicosis.

Podríamos tensar las cosas para conseguir un cuarto vector sobre el yo en la obra freudiana, y este último vector tiene que ver con el cuerpo y su narcisismo, con lo que del eje a-a' del Esquema L queda resaltado con su dimensión opaca.

La sumatoria de estos cuatro vectores nos lleva a constatar, una vez más, que el yo tal cual lo concibe Freud no es el lugar de ninguna síntesis psíquica, ni una unidad de la persona, ni del sí mismo. Todos estos intentos de teorizar al yo como una unidad sin fracturas, o que se fractura en determinadas patologías, son intentos desesperados de algunos autores para conservar la yocracia, la autonomía de un yo que, en definitiva, se demuestra como la sede del desconocimiento. El descentramiento del yo propuesto por Freud no es del agrado de la civilización de nuestros días, que tiene en diversas tesis psicológicas su principal punto de apoyo.

Este desconocimiento perpetúa la cura, cuando es del orden de la neurosis, en un proceso de obsesivización; pero de forma más grave aún perturba la dirección de la cura en la psicosis, cuando se apuesta por fortalecer la supuesta debilidad yoica intentando promover una adaptación a la realidad siempre peligrosa.

Cuando se trata de la psicosis, dos lecturas son posibles: o se entiende la psicosis como una patología del yo, es decir, una desadaptación de éste a una realidad siempre problemática, o se lee la psicosis desde una alteración del registro simbólico, lo que ofrece una perspectiva en la cura totalmente distinta.

LA PSICOLOGÍA DEL YO Y EL PROBLEMA DE LA ADAPTACIÓN.

Los que han llevado al límite la primera lectura son los psicoanalistas americanos, comenzando por Hartmann, quien en su libro “La psicología del yo y el problema de la adaptación” hace de esta tesis el centro del psicoanálisis, con lo cual, en el centro del centro, sitúa al yo. Esta forma casi religiosa de entender el yo, consagrándolo en los altares de la idolatría, fue presentada por primera vez en 1937 en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Llama la atención que, precisamente ese mismo año, Freud está escribiendo “Análisis terminable e interminable” y, si se realiza una lectura conjunta, vemos con claridad la diferencia abismal que separa ambas concepciones.

En la lectura de Hartmann, éste psicologiza al yo. En “Análisis terminable e interminable”, Freud rompe la tradición psicológica del yo con una pregunta vigorosa: “¿No proclama precisamente nuestra teoría la instauración de un estado que nunca tiene lugar en el yo espontáneamente, y cuya creación original constituye la diferencia esencial entre el hombre analizado y el que no lo está?”. Este yo, que es una “creación original” en el análisis, está creado por la modificación mediante el análisis del “primitivo proceso de represión”. Conviene subrayar con todas las letras que este primitivo proceso de represión pone fin al predominio del factor cualitativo. En otras palabras, la represión no es ya un mecanismo de defensa entre otros, puesto que para Freud, en estos últimos años de su vida, la represión pasa a ser la omisión de un texto fundamental que provoca una ramificación de falsificaciones que alteran al yo.

Siguiendo este razonamiento, el yo se constituye como un vacío fundamental, como una omisión de un texto fundamental: es el yo débil llevado hasta sus últimas consecuencias; es, simplemente, un conjunto vacío, por lo menos al final del análisis.

Vale la pena agregar que para Freud la omisión de un texto es, desde “La interpretación de los sueños”, un texto censurado; es el trabajo de la censura que tiene como motor el principio de placer. Es decir, que la censura se produce para evitar contenidos penosos, para evitar el displacer. Un paso más y este displacer está determinado por la percepción de la realidad, percepción de la realidad que lleva consigo una verdad. Pero, al realizar este paso, al hacer sinónimos percepción de la

realidad y verdad, coloca al yo del lado del engaño, de quien falsea la percepción para evitar el displacer, de donde se puede deducir que mientras más fuerte es el yo, más engaños lleva en su seno.

HARTMANN.

Volvamos a 1937 y revisemos nuevamente el libro de Hartmann. El primer capítulo lleva por título “La esfera libre de conflictos del yo”, y allí nos informa que su interés por el yo viene de su estudio sobre “la personalidad total”. En el mundo de la psicología, la noción de personalidad tiene significados muy diversos, pero todos tienen como común denominador la idea de una “unidad coherente”. Lacan, en Baltimore, dice: “La idea de una unidad unificadora de la condición humana, la idea de una personalidad total, me ha producido el efecto de una mentira escandalosa”.

Esta “mentira escandalosa” es el punto de partida de Hartmann. Es una esfera, curiosa metáfora, en la cual el yo bien adaptado estaría libre de conflictos con la realidad. El problema que tiene esta línea de pensamiento es que toma la realidad como algo en lo cual la humanidad entera, vía la sensopercepción, sabría exactamente lo que es. Sería un dato indiscutible. Contra esta forma de entender la realidad, tomó partido Freud al considerar que la verdadera realidad está perdida para siempre, y que lo importante es lo que viene a reemplazar a esa realidad perdida; para decirlo en forma contundente: el fantasma en la neurosis, el delirio en la psicosis. Todo lo cual implica pensar la percepción no desde la biología, sino como determinada por lo simbólico.

Hartmann afirma: “En términos generales, consideramos bien adaptado a un hombre si su productividad, su capacidad para disfrutar de la vida y su equilibrio mental no están perturbados”. Los ideales americanos resuenan de mala manera: la productividad, lo que genera beneficios económicos, lo que hace que alguien sea un triunfador, es la definición misma del yo sano, del yo fuerte. Alguien que no tenga conflictos con la comunidad, que esté bien adaptado, que sea un buen vecino, mejor padre y buen esposo. Este ideal determina toda la cura proponiendo un modelo identificatorio, al uso americano, que es básicamente antifreudiano; y este punto ideal, este significante ideal, es el que arroja al analista a buscar la “síntesis yoica” como medio para fortalecer la esfera libre de conflictos.

Dos ejemplos nos sirven para dejar esta posición clara. El primero es la importancia concedida a la religión, que Hartmann define como la síntesis para enfrentarse con la desadaptación por medio de la formación de diversas comunidades. En este ejemplo

se ve con nitidez el modo de vida americano y sus instituciones religiosas. Pero... recordemos que la posición freudiana es considerar la religión como una neurosis obsesiva universal.

El segundo ejemplo es el “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, mandamiento que Hartmann instituye en uno de los pilares sociales sobre los cuales se construye la comunidad humana gracias a lo que supone la función sintetizadora del yo, a su función adaptativa. Sin embargo, ante este mismo mandamiento Freud retrocedió horrorizado en “El malestar en la cultura”, y el pensamiento al respecto de Lacan lo podemos leer en su Seminario 7, “La ética del psicoanálisis”.

En resumen, los psicoanalistas americanos intentan que, a pesar de toda la subversión introducida por Freud en el sistema yoico, éste quede reducido a una mera función psicológica.

Portada del primer número de la Revista “Síntoma”, de la Escuela de Psicoanálisis de Barcelona, en la que fue publicado este trabajo en 1981.



LA LENGUA, LAS LENGUAS.

Hay que “metalenguar” -dice Lacan-, no se puede hablar de una lengua si no es en otra lengua. Lo que leeré, desde esta lengua, es lo “sugerido” por el siguiente párrafo de Jacques Lacan:

“El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber:

- en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida;
- en los documentos de archivos también: y son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;
- en la evolución semántica: y esto responde al ‘stock’ y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter;
- en la tradición también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia;
- en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente sus distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis.”

Cita que puede encontrarse en “Función y campo de la palabra” y que servirá de marco a otra cita.

Rafael Lapesa dice en el prólogo a la última edición de “La Historia de la Lengua Española” lo siguiente: “El libro que en 1942 salió con el atrevimiento juvenil reaparece cuando su autor ha entrado en eso que llaman la tercera edad. Recuerdo inevitablemente la pregunta de la epístola moral: De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?, y me respondo que, por encima del cansancio, queda el afán ilusionado de seguir inquiriendo el mensaje que se guarda en el ser y el devenir de nuestra lengua”.

Esta última cita que ofrece asidero a un comienzo marca en su decir una ilusión sobre el saber. Ilusión que es engaño y que por lo mismo arroja una media verdad en su dicho. En el atrevimiento juvenil, miente su decir. Mentira, verdad, error, trilogía significativa que habla en la lengua. Por esto ningún analista está preocupado por si en la palabra del analizante está la mentira, en ella habla la poca verdad que puede ser dicha.

Sueños mentirosos que Freud pone de relieve en “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”. El engaño del sueño hace a la elaboración onírica, producida, esta última, por el estado de reposo que permite la emergencia de impulsos optativos inconscientes. Su ombligo define el saber inconsciente hecho de lógica y significativo, lo que desvanece el sentido, incluso el sentido engañoso de la palabra.

La cita entrega la ilusión de un mensaje, quizás divino, que hace ser de lengua, sin percatarse de que el ser es sólo verbo y que en la cópula “lalengua” habla.

Sin duda algo sabe el verbo “guardar”, que por esos extraños juegos de lalengua abre en su polisemia a una expresión de peligro en el castellano hablado en el Río de la Plata. Interjección de peligro tomada en préstamo al italiano, en donde el verbo se traduce por mirar. La lengua ¡guarda! un saber que no se entrega, haciéndose represión primaria que parte al sujeto en la partida. Partida de dados en donde el número hace destino.

Partición del sujeto por lalengua que habla, en la lengua designando al órgano de esa función: la lengua.

Devenir de las lenguas que marcan su destino. Diferencias de lenguas: lenguas vivas, lenguas muertas -¿cuántas lenguas muertas desconocemos?. La búsqueda del origen remite de mito a mito, algunos de los cuales habitan un ropaje científico. Esto permite el siguiente dicho: en el origen un mito necesario, Babel de lenguas, jeroglíficos. Lenguas sin huellas de memoria. Lenguas que dejan letras, significantes escritos que hacen al sueño de la lengua sin cuerpos.

En varias partes de su obra Freud habla de huellas mnémicas hereditarias.

Esta herencia sobre una metáfora biológica, permite el descentramiento que este término tiene en la obra de un maestro: lo que precede es de orden significativo y, si se realiza una extensión algo forzada, puede ser dicho: lo que precede a una lengua, son los significantes de otra lengua.

Las lenguas traspasan los cuerpos descentrando al cuerpo de su anatomía médica. La diferencia sexual anatómica introduce en el aparato psíquico el concepto de representante. Por esta vía la pulsión bordea lo psíquico y lo somático mostrando en el autoerotismo que la fuente es el fin. Ello, entonces, es cuerpo erógeno por la pulsión, viviente por su viaje hacia la muerte.

En “Inhibición, síntoma y angustia” puede leerse que el núcleo del inconsciente está constituido por representantes de pulsión que tienden a la descarga, es decir, por una moción de deseo que no puede articularse en “representantes”, no puede transformarse en libido, quedando en un estado de energía desligada -cuyo aumento crea una tensión que se llama angustia. La partición original del sujeto, la represión primaria, sería la vuelta contra sí que escinde al sujeto frente a una tensión insoportable.

Los cuerpos son hablados por las lenguas cuyo resto, desperdicio, basura, hace del cuerpo cadáver. Trasmutaciones de los cuerpos que hacen a la cadena de las generaciones. La lengua se perpetúa en sus transformaciones, cada lengua hace su destino, nace, vive, mata. Parafraseando a Lacan: “el malentendido habla al malentendido a través de los cuerpos”.

Al destino de cada lengua puede dársele un sentido histórico. Aquí, guerras, imperios, anexiones, genocidios harían el desarrollo de cada lengua. Un sentido demasiado pleno que convendría estudiar de más cerca. Bastan dos ejemplos contrapuestos para abrir una pregunta que quedará sin respuesta. La época visigoda española, momento de transición, no deja influencia lingüística importante en los romances españoles. Al contrario, es conocido el importante caudal que se trasvasa del árabe al español, del algarrobo al algodón, palabras tomadas al azar hasta el algoritmo que viene del sobrenombre de uno de sus matemáticos, Alzuwarizmi. Al propagar la numeración india, introducen el signo para indicar la ausencia de cantidad, “sifr” (vacío) de donde viene el español “cifra”, lo que para algunos clásicos es equivalente a “cero”. Descifrando, entonces, el vacío de la historia, para recordar a Masotta, retomar su cita:

“la historia está hecha de hilachas, de retazos”. Cada lengua escribe su novela familiar.

Transformación de las lenguas por su influencia recíproca en las zonas de superposición y bilingüismo; transferencia de palabras y giros que las gramáticas clasifican: italianismos, galicismos, etc. Intersección de dos o más lenguas cuyos efectos múltiples dan productos como el chicano, mezcla de español e inglés con fuertes condensaciones.

En estas zonas se escuchan actitudes contrapuestas, algunos intentan bajo el pretexto de preservar la pureza lingüística evitar toda innovación. Aquí subyace el fantasma de que la lengua entregará lo puro de lo real. Otros, fascinados por las lenguas extranjeras, suponen en aquéllas el saber inconsciente.

Es la Academia quien evita el neologismo de la pandilla adolescente, el decir sofisticado, el argot de la marginación. Más allá de la Academia, la lengua juega en los cuerpos su habla. Cuando se escucha: el pasota apalancado en un rollo cualquiera intenta un pasar que lo sumerge en un silencio aplanado, a veces esto determina su desmadre.

Esto puede ser leído en los primeros textos literarios del romance español procedentes del andaluz. Allí, la convivencia de distintas lenguas, su intersección entre los hispanogodos, los moros y los judíos produce el nacimiento de una canción lírica llamada “muwassaha” o “moaxaja”. Su texto principal en árabe o hebreo inserta versos enteros en romance. El cancionero de Ben Quzman es una de sus más bellas expresiones.

Escrito en árabe su texto tiene un gran caudal de romancismos que incluyen instrumentos gramaticales como pronombres, adverbios, preposiciones y conjunciones. Para los preceptistas árabes esta mixtura de lenguas constituía su principal atractivo, sin embargo, el latín culto denomina al romance en forma despectiva como “habla rústica” o “lengua vulgar”.

Esta lengua rústica plasma la prosa castellana por un deseo real. Alfonso X el Sabio (1221-1284) reúne en su corte a juglares y trovadores, jurisconsultos, historiadores y hombres de ciencias. El rey interviene personalmente en la corrección de la lengua y da forma definitiva al “Libro de la Ochava Espera”, que respondía en general al castellano de Burgos con influencias de Toledo y León.

El autor citado al comienzo, Rafael Lapesa, explica la consolidación del castellano y su difusión por una profusión de adjetivos: “el acento viril del hablar castellano”, “su gran movilidad afectiva”, “el castellano poseía un dinamismo que le hacía superar los grados en que se detenía la evolución de otros dialectos”, “el castellano era certero y decidido en la elección mientras que los dialectos colindantes dudaban largamente entre las diversas posibilidades”. Aquí los adjetivos cubren el lugar de la causa en lo imaginario, dando la posibilidad de descifrar uno de los fantasmas fundantes de la lengua castellana.

Si entre los dialectos regionales, el castellano en tanto lengua, tiene un devenir diferente, el pase de lo contingente a lo necesario está marcado por lo real de un deseo. De otra manera, el paso es por la hiancia de lo inconsciente, lo que en términos freudianos puede ser designado como represión primaria. Es en este articulador teórico que la “premisa lógica” paterna, como está mencionado en “Moisés y la religión monoteísta”, muestra su función: la instauración de la ley del deseo.

En el diario manuscrito de Cristóbal Haitzmann puede leerse: “Tomé el rosario y comencé a rezar, en presencia de cuatro personas; me hallaba orando el tercer grupo, cuando se me apareció la misma figura luminosa, comencé a gritar ¡Jesús, María, José! y me desvanecí, cayendo de rodillas en éxtasis; las personas presentes gritaban, intentaban levantarme y rociaban agua bendita sobre mí, yo no podía sentir nada, no podía oír. Entonces la persona mencionada me tomó de la mano izquierda, me rodeó con un brazo la cintura y me llevó a una pradera cubierta con las más bellas rosas. Caminamos por un tiempo, hasta encontrar un lirio que tenía tres flores, en una se leía Padre, en la otra Hijo y en la tercera Espíritu, pero en el tallo estaba escrito Dios...”.

En el lirio escrito de un delirio la lengua habla en alemán antiguo, la misma que dicta a Schreber su lenguaje fundamental y que susurra extrañas palabras a los de mente precoz de los grandes manicomios. Alucinaciones, voces restitutivas en su intento de curación. Voces que retornan en lo real para mostrar que la alucinación no es un error de los sentidos. También puede escucharse cómo el cuerpo caído de lo imaginario es presa significativa en su vaciamiento de órganos, en sus putrefacciones, en sus cambios sexuales. A un cuerpo que no le pasa nada, le pasa de todo por la lengua.

La lengua habla en la locura, en la hipocondría su verdad disparatada, basta leer las memorias de Schreber siguiendo la recomendación de Freud para que esto aparezca

en forma sorprendente. Podría ser dicho, y aquí el condicional reúne toda su fuerza, que en la lengua una lalengua hace a lo real de una repetición imposible por donde el sufrimiento deviene goce. Identidad entre percepción y huella de recuerdo que traspasa el ombligo del sueño que por esto es diferencia con la locura: si en la esquizofrenia los órganos hablan, no se trata de un cuerpo sin palabras, sino del fallo metafórico de la palabra. En el lugar del objeto perdido, el objeto ocupa su lugar como imposible de ser perdido. Eso hace a la Cosa.

Por otro lado, en la estructura misma del deseo, el brillo en la nariz que es fetiche inglés, muestra en su desciframiento el retoño de lo reprimido en otra lalengua y su repetición significativa. Intento de un Otro pleno, sin corte, taponado por fonemas, soporte significativo que no es significativo, ya que éste se designa por su diferencia.

Desde aquí se abren dos posibilidades que conducen a callejones sin salida, pero es también de estos callejones sin salida, de estos enredos de lenguas, que el psicoanálisis arma su discurso.

El primero sería una lalengua de matriz universal. Surge de inmediato, por la fuerza misma del discurso, esta pregunta: ¿en qué lengua sería escrito el catálogo en donde figurarían todas las lenguas?. Y si es cierto que en la pregunta está ya la respuesta, el esperanto es vana esperanza. El supuesto que subyace en la pregunta es la posibilidad de un lenguaje universal o de universales lingüísticos. Esta idea, presente en la concepción del lenguaje de Descartes, ha sido actualizada por Chomsky en la forma de un innatismo lingüístico.

El segundo callejón sin salida obliga a plantear una matriz singular de cada lengua, donde lo singular designa el nombre propio. Una matriz de la lengua española, por ejemplo. El ronroneo del “urdrome” con que comienza “La tercera” sugiere las dificultades de esta empresa. Sea como sea, de una lalengua el síntoma habla: el relato de un analizante muestra un síntoma al cual no le da importancia; sufre de impotencia con la serie de mujeres habladas por el catalán. Síntoma que es goce donde el significante trenza sus efectos. La lengua hablada entre sus padres era el catalán, lengua en que el padre se dirigía a sus hijos. La madre, por su parte, de origen gallego hablaba con sus hijos en castellano.

Fantasía incestuosa que Freud analiza en “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”. Se lee allí con facilidad la búsqueda para encontrar la realidad que sostenga la articulación del fantasma, prosiguiendo de esta manera un empeño que también

pondrá de manifiesto en la “Historia de una neurosis infantil (caso del ‘Hombre de los lobos’)”, texto que en el tiempo no está alejado del de Leonardo.

Vacilaciones entre recuerdo y realidad de la percepción que podría ser lo real del trauma, núcleo fundante a partir del cual se irían sobreagregando distorsiones producidas por el deseo.

En el comienzo del apartado III, escribe: “En la fantasía infantil de Leonardo representa el elemento buitre el contenido mnémico real”. Es sabido que, en el cruce de lenguas, la traducción juega una mala pasada dando al milano el estatuto de buitre. El error de traducción permite a Freud un pasaje por la mitología egipcia que abre espacio en la teoría formulando lo que se dice “madre fálica”.

Discutiendo la realidad de la percepción traumática, el “contenido mnémico real” encuentra su lugar en la fantasía infantil como sustituto materno. Y siempre en la búsqueda de confirmaciones históricas, llega a decir que esta sustitución es debida a que el niño echa de menos al padre y se siente solitario al lado de la madre abandonada.

Un padre de menos que permite la plenitud del deseo materno haciendo del niño un pequeño (a). Posición narcisista que muestra en la omnipotencia infantil la omnipotencia materna, lugar donde ésta (la madre) articula su deseo. Lo que viene a ser confirmado por una nota a pie de página donde Freud sugiere que bien pudo ser que Leonardo no hubiera tenido ninguna percepción real, realidad de la percepción que se hace sinónima de mirada. La madre, supone Freud, fue quien transmitió en repetidos relatos al niño la palabra real.

Un padre de menos que permite la herencia de un nombre. Nombre paterno que hace a un lugar de origen, da Vinci. Origen que encarna la ley y que permite a Freud el desarrollo de la teoría donde lo inconsciente borra el cuerpo, haciendo de éste un afuera del aparato psíquico.

La fantasía de Leonardo, soportada en el buitre, hace barramiento del sujeto que intenta descifrar su destino en el vuelo de los pájaros. Producción de un sentido que en lo imaginario restituye al cuerpo en sus vestimentas, haciéndolo gozoso.

Esto permitiría decir la diferencia entre la lengua y la lengua materna, donde la primera será el reservorio de huellas borradas, de esas huellas mnémicas hereditarias de las cuales habla Freud. Huellas animadas por el deseo de Otro que bien podría ser en

este caso la lengua materna. Disyunción que en Freud puede leerse en “El tabú de la virginidad”; allí, citando a un tal Crawley, escribe: “En muchas tribus no existe apenas algo semejante a nuestra vida familiar. La separación llega hasta el punto de estar prohibido a cada sexo pronunciar los nombres de las personas del sexo contrario, poseyendo las mujeres un vocabulario especial”.

Separación de cuerpos sexuados que hacen diferencia irreductible, imposibilidad de una totalidad consistente, que permite la emergencia significativa del lugar de la falta, de la nada. Significante que en su repetición diferente formula el rasgo unario, posibilidad abierta de esta manera a la identificación.

Sin duda es sabido que, en el Capítulo VII de “Psicología de las masas”, Freud nombra, previa a la identificación al rasgo, que sería la identificación que hace al síntoma neurótico, una temprana identificación al padre previa a cualquier elección objetal. Ubicada en el registro de la ambivalencia por donde introduce el canibalismo: “el padre es lo que se quisiera ser”, por donde el ser deviene sujeto.

La fórmula gramatical cambia del ser al tener el padre, cuando el Edipo se invierte adoptando el sujeto una actitud femenina. Allí el tener deviene objeto del yo. Puesto esto de una manera simple resulta: ser o tener el padre.

El banquete totémico sacrifica al padre, para ser padre en la herencia de un nombre propio que permite la ausencia del cuerpo. Germán García, en su libro “Psicoanálisis, una política del síntoma”, lo dice de esta manera: “Ahí, donde el cuerpo real cae bajo el golpe del significante, existirá un vacío que viene a ser llenado con el nombre propio”.

Nombre propio que hace consistencia de la apariencia por donde se oculta que el ser es sólo verbo, o mejor aún: cópula que en una oración une al sujeto con el atributo.

Nombre propio que es unión de la cadena generacional por lo real del deseo paterno. Diferenciándose de la angustia que hace del yo síntoma, la culpa original intenta ser borrada por el ritual del bautismo perpetuando de esta manera el pecado que está en el origen del nombre.

Si el Nombre del Padre es constitutivo a la ley del deseo, esto permitirá a la mujer hacer la ecuación falo = niño, por donde retorna la transgresión al instalar al niño como un pequeño (a).

Lugar de la falla, del no-todo, hace a la omnipotencia infantil por donde el deseo de la muerte del padre se hace acto. Asesinato que es fantasía hecha realidad en Dostoyevski, asesinato que en el decir de Freud produce una agravación sintomática que hace al goce epiléptico. Esto también puede leerse en “El Presidente T. W. Wilson”, texto algo olvidado en el discurso psicoanalítico por lo que hace a un saber que no quiere ser sabido. La muerte del padre devuelve a un encuentro con lo real, produciendo una redistribución de la energía libidinal, tanto en su aspecto activo como pasivo.

Redistribución de cargas libidinales que hacen al verbo, produciendo el pasaje de ser hijo de Dios, a ser Dios. Lo que no deja de tener consecuencias en el tratado de Versalles, mostrando en sus síntomas la catástrofe del sujeto.

Nombre propio que marca la línea paterna como viene a decirlo el Derecho Romano; significante que nada significa, cristalización de la lengua que hace a su goce.

Y es aquí donde el castellano toma otros atajos, ya que en español “goce” es también un himno a la Virgen que se reza en forma repetida. El goce del rezo que la mirada retoma para mostrar, en el suplicio del cuerpo en honor de la Virgen, su mortificación. Nombre de la lengua que entre castellano y español hace el cuerpo, lugar de goce hereditario en donde se anuda la muerte. Corte sin inscripción que permite al cuerpo hacer su viaje hacia la muerte. Pulsión que no es simetría de Eros.

La lengua, entonces preexiste al cuerpo, que en el momento de su partición se hace parlante en la lengua. El objeto (a), allí hace nudo, lapa, sobre la roca de la castración, o para emplear otra metáfora freudiana: hace a su constitución. Nudo cuyo cabo anuda lo real de la escritura.

Esto permite retornar a un escrito lacaniano: “Subversión del sujeto”, fechado en 1960 y que conserva toda su actualidad. Allí la escritura entrega la fórmula del fantasma (S tachado + rombo + a) que permite la indagación de lo real.

Fórmula en donde el reemplazo de la pequeña (a) por la D, circunscribe su efecto en el neurótico al efecto de la demanda por donde queda oculta la angustia del deseo del Otro; como viene a mostrarlo el carnaval en Barcelona, cuando el pequeño levanta la falda al cabezudo encontrando en ese instante al hombre que lo lleva sobre sus hombros.

Esto último viene a cuento a los efectos de marcar la dirección de una andadura, puesto que si el discurso freudiano es emergencia en la lengua alemana, allí la intraducibilidad de “La interpretación de los sueños” pasó al inglés, donde la confusión de lenguas mal tradujo a Freud colocándolo a nivel de la naturaleza instintual, produciendo regresiones teóricas sobre lo imaginario. La lengua francesa retoma a Freud en Lacan, lo que plantea de inmediato el problema de la transmisión y de la formación de los analistas más allá de las lenguas. La escritura abre esta posibilidad de una transmisión translingüística.

**Portada de la Revista
“Fascículos de Psicoanálisis”,
en la que se publicó este
trabajo en 1990.**



LA EXPERIENCIA PSICOANALÍTICA

Debido al poco tiempo del que disponemos, trazaré una serie de puntos, que pretendo poner en cuestión, sin toda la argumentación que requerirían.

Mi punto de partida es la palabra “experiencia” tomada a nivel de su significación más banal: la experiencia sería una acumulación de saber que permitiría un buen hacer en un oficio, arte o profesión cualquiera. La valoración de un trabajo acumulado es, de hecho, lo que permite situar una división entre jóvenes y veteranos, como se dice de tal persona “que tiene mucha experiencia” o que es “experimentado”, cuya cadencia metonímica lleva hasta “perito” en su acepción jurídica.

La pregunta que abro es, entonces, si un analista con muchos años de trabajo en la dirección de la cura puede tener un saber acumulado. Desde mi perspectiva la respuesta es “No”. Dicho de otra manera, no hay experiencia que transforme a un analista en un veterano.

Los argumentos para sostener esta respuesta pueden ser someramente puntuados de la siguiente manera: Cada cura, en su particularidad, abre la dimensión de lo novedoso, sin que otras curas sirvan de precedente. Este punto es estrictamente freudiano.

La consecuencia del punto anterior puede ser formulada de la siguiente manera: el analista debe conducir la cura desde un lugar de no saber. Esta aparente simpleza, para muchos oídos, es absolutamente subversiva en la historia del análisis, y si bien es legible en cualquier parte de la obra de Lacan, puede situarse con precisión en “Variantes de la cura-tipo” y “La dirección de la cura”. Sin embargo, fácil de decir,

tropieza en la cura, del lado del analista, con efectos de estructura que obturan esta “ignorancia docta”.

Se abre, de esta manera, otro punto: el del acto analítico. Habría que transitar por todo el Seminario del mismo nombre (el Seminario 15), basta afirmar que, en cuanto acto analítico, es un fuera del sujeto; este punto muestra por su envés que lo que obtura el acto es el fantasma, en este caso de quien ocupa la posición de analista.

De esta manera, la experiencia analítica no se encuentra del lado del analista, en tanto y en cuanto éste ocupe el lugar de dirección de la cura. Aquí hay que diferenciar, entonces, la cura de la clínica. Hay varias formas de abordar este problema, lo haré desde una cita de Miller, en su “Prólogo de Guitrancourt”, que se encuentra en todos los cuadernillos de las Secciones Clínicas: “la Clínica no es una ciencia, es decir, no es un saber que se demuestre. Es un saber empírico, inseparable de la historia de las ideas. Al enseñarlo, no sólo estamos supliendo las debilidades de una psiquiatría de la que el progreso de la química ha dejado de lado a menudo su tesoro clásico, introducimos también un elemento de certeza (el matema de la histeria)”.

Este saber empírico hace a la experiencia, a un cierto saber acumulado sobre los efectos de estructura. Experiencia, hay que matizarlo, que no es del orden del saber universitario y que suele tropezar con la teoría construida fantasmáticamente. Este saber empírico, que es de orden clínico, tiene efectos en lugares tan diversos como pueden ser la presentación de enfermos, las sesiones clínicas o las supervisiones. Se puede agregar que este saber sobre clínica analítica, no es separable del saber que advino desde la posición de analizante y que le da sus fundamentos últimos. Lo cual implica una paradoja que sólo se resuelve topológicamente.

Tenemos, entonces, una paradoja: por un lado un “nada de experiencia” del analista en la cura, por otro un “algo de experiencia” del analista en la clínica. Lo cual posibilita despejar el uso amplio que se hace del término transmisión: transmisión en la cura, enseñanza en la clínica. Lo cual implica que el analista, en la dirección de la cura, sólo es un gozne para la transmisión que será realizada por el analizante.

La experiencia cae, entonces, del lado del analizante. Freud la llama “experiencia de inconsciente”. Sin embargo, es difícil precisar del lado del significado un estatuto preciso. La lógica lacaniana la establece como la travesía del fantasma, dicho que transformado en aforismo resulta cada vez más una formulación vacía. De cualquier manera, encierra en sí mismo la dificultad de que la “experiencia del fantasma” implica

un saber no articulado bajo transferencia. El pase surge como la respuesta a esta dificultad, pudiendo ahí dejarse oír algo que despeje parcialmente la x del deseo de analista, como está propuesto en la "Proposición". La experiencia, entonces, cae del lado del analizante. No de un saber que se acumula, sino de un saber que se articula y que, al mismo tiempo, desconstruye su sentido imaginario. Esta experiencia, cuyo resultado es la emergencia del deseo de analista y la posibilidad abierta para ocupar el lugar "sin experiencia" del analista, está posibilitada por el trabajo sobre el fantasma. De una manera extremadamente simple: si no se transita la experiencia del fantasma bajo transferencia, se analiza bajo el fantasma. Esto que en rigor es una generalización, sólo puede ser constatado en el uno por uno.

Una última consideración: la experiencia del inconsciente planteada por Freud tiene como contrapartida la construcción y posterior atravesamiento del fantasma propuesto por Lacan. Esto implica que la experiencia del analizante tiene una dimensión novedosa con respecto al análisis freudiano. Lo cual tiene, a su vez, como consecuencia, problematizar los análisis que son realizados desde otras perspectivas. Esta afirmación puede fundamentarse en la polémica desarrollada por Lacan, en toda su obra, con otras concepciones que, a pesar de nombrarse como analíticas, promueven un cierre del inconsciente desde distintos enfoques; ya sean estas concepciones sobre el yo fuerte, sobre los mecanismos de defensa o sobre las relaciones de objeto.

**Lacan en la “foto de familia”
del Congreso de la IPA
celebrado en Amsterdam en
1951.**



LA AUTORIZACIÓN BAJO TRANSFERENCIA

PUBLICADO EN EL CORREO DEL GEM EL 14 DE DICIEMBRE DE 1992

En mi práctica como analista he tenido, en alguna ocasión, que solicitar la postergación de una autorización que se iba a precipitar en forma prematura; en otras, las autorizaciones producidas en análisis anteriores habían devenido sintomáticas creando situaciones difíciles en la cura. Estas situaciones, de las cuales podría hablar en lo particular de cada una de ellas, en el uno por uno, son las que están como telón de fondo de las siguientes reflexiones.

La “Proposición del 9 de octubre de 1967” se abre con un principio que ha subvertido a todo el movimiento analítico: El psicoanalista sólo se autoriza de sí mismo. Este principio no es sólo fruto de una oposición al modo de nominación de la IPA, es fundamentalmente una consecuencia directa de reconocer la ignorancia sobre el deseo de analista que, recordémoslo, es su enunciación. Al mismo tiempo, tiene como efecto apostar por el relanzamiento del deseo constreñido en y por las jerarquías de la Internacional.

Al designarlo como principio, de la misma manera que designa al pase en la “Nota a los italianos”, nos invita a sostenerlo no como algo vago, difuso, sino más bien como algo fundante, como la base, como un punto primero. Es un principio original fundante.

Este principio fundamental, cuyas dificultades de traducción muestran las dificultades de significación, y que podemos compararlo en rango a la potencia del “soll Ich werden” freudiano, según Lacan ya está inscrito en los textos originales de la Escuela y, recordémoslo, decide su posición (la de la Escuela). Es un principio original fundante de la Escuela.

En los “textos originales” encontramos una primera subversión al proponer, en el “Acto de fundación”, una “Sección de Psicoanálisis Aplicado” en donde puedan discutir distintas personas con experiencia en el didáctico y candidatos en formación. Confrontación, debate sobre las conclusiones del psicoanálisis didáctico.

Subversión que es profundizada en la “Nota adjunta” al reconocer que el único principio válido por el cual un psicoanálisis se constituye como didáctico, es por el querer del sujeto. A lo que agrega que “el sujeto debe estar advertido de que el análisis pondrá en duda ese querer, conforme vaya acercándose al deseo que encubre”. Destaquemos que en el año 64 no está formalizado el pase, pero que en todo ese texto existe una intención de investigación evidente de la x del deseo del analista.

De esta manera podemos leer una serie en donde el movimiento subversivo se profundiza:

1. “Acto de fundación”, de 1964, donde Lacan coloca el principio fundante por el que el analizante autoriza al analista didáctico.
2. “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956”, donde muestra con irónica claridad que el nudo transferencia, enseñanza, teoría-doctrina es transformado por la IPA en un callejón sin salida.
3. La “Proposición del 9 de octubre de 1967”, donde a partir de que el “analista se autoriza de sí mismo” construye el pase.
4. En su “Nota sobre la elección de pasadores”, de aproximadamente 1974, se agregan dos precisiones sobre el deseo, que se designa a) como deseo de saber, pero b) un S_2 absolutamente particular que no conviene para la localización de otros saberes. Lo cual es de suma importancia, puesto que queda diferenciado con claridad el saber articulado de un particular del saber por identificación que es del orden de la comprensión.
5. Por último, la “Nota Italiana” donde afina y precisa lo anterior. Vuelve a retomar el principio por el cual el analista no se autoriza más que de sí mismo, pero le atribuye a la Escuela el velar que en esta autorización no haya sino analistas. Es decir que la autorización no es garantía de que haya analista, y agrega que para autorizarse es necesario el análisis, condición necesaria pero no suficiente. De esta manera coloca al

pase como prueba de la autorización, y vuelve sobre el saber, que ahora, al ser de lo real, debe pasar por el horror de saber.

De esta serie se pueden sacar como mínimo dos conclusiones: una referida al principio mismo, y otra al efecto, a las consecuencias de su puesta en práctica.

En relación al principio mismo llama la atención la afirmación “el analista...”. No dice, por ejemplo, “el analizante se autoriza a ser analista por sí mismo”. Esta forma de plantear la cuestión, introduce lo que se puede considerar como una anticipación lógica al colocar la dimensión de un sujeto que ya es analista. Esta anterioridad lógica se aclara en la “Nota italiana” al recordar algo que ya dije, que la Escuela ha de velar para que en la autorización no haya sino analista, a lo que se agrega: “pues mi tesis inaugurante por romper con la práctica con la que pretendidas sociedades hacen del análisis una integración en un cuerpo, no implica que cualquiera sea analista”. Es decir, que no todo el que se autoriza de sí mismo deviene analista. De otro modo: ese no cualquiera es el que se autoriza de sí mismo, con el riesgo agregado de que la autorización no produzca nada más que un funcionario del discurso analítico. Pero este funcionario tiene un estatuto preciso, recordemos la “Nota sobre la elección de pasadores”: “El funcionario no es indigno del pase en el que daría testimonio de sus primeros pasos en la función”.

La segunda consecuencia de la serie se refiere a los efectos de la praxis del principio; aquí encontramos una anticipación temporal. Esta situación se deduce fácilmente de la forma en que en la práctica se realiza la autorización; este acto, en forma genérica, es previo a la terminación del análisis -que es el momento designado por Lacan en la “Proposición” como el momento del pase de analizante a analista, momento de caída del fantasma y, por lo tanto, de destitución subjetiva.

Esta situación que he designado como anterioridad temporal no deja de producir efectos que sólo pueden ser medidos con posterioridad, a posteriori y desde un lugar preciso: el cartel del pase. Esta afirmación está sostenida en la “Nota Italiana”, ya que allí está planteada la íntima conexión entre el pase y el velar que en la autorización no haya sino analista.

Desde el cartel del pase se puede investigar la posición que ha producido la autorización y mostrar aquellos “puntos ciegos”, para decirlo como Freud, desde los cuales eventualmente se analiza, desde el necesario pasaje del acto de la autorización. Es lo que el trabajo “L’horreur de l’acte et ses limites” de Geneviève

Morel, nos mostraba en las últimas “Jornadas Españolas del Campo Freudiano” realizadas en Barcelona en Marzo de 1992.

La paradoja de estas autorizaciones anticipadas temporalmente están facilitadas u obstaculizadas por las distintas tradiciones de los diferentes lugares del movimiento analítico; de cualquier manera, el punto a subrayar es que casi todas se realizan bajo transferencia.

Esta situación plantea algunos problemas, de no fácil resolución, que pueden ser situados del lado del analista entre dos polos: el respeto por el principio fundamental del autorizarse y la responsabilidad de la dirección de la cura. Como es de rigor el tratamiento de estos problemas sólo puede ser resuelto en el uno por uno. Desde esta perspectiva se pueden constatar múltiples variantes: desde aquel obsesivo que pide permiso para autorizarse, pasando por aquel otro que se autoriza desde la ocultación de ese paso al analista, o aquella que despliega su acting-out de buena samaritana en su autorización, o aquella otra donde la autorización es fruto del desafío fálico. Esta serie abierta, que podría ampliarse y que de ninguna manera tiene vocación de taxonomía, propone con la oposición “pasaje del acto”-“acting-out” una vía para la investigación. Para seguir esta vía es necesario recordar la disyunción entre inconsciente y acto, propuesta por Lacan especialmente en su Seminario 15 sobre “El acto psicoanalítico”.

Es sobre la base de este nuevo saber que la disyunción anterior abre, que se puede construir una diferencia más clara entre pasaje del acto y acting-out. Para el primero puede darse como característica importante la separación del Otro, por el contrario en el segundo aparece una llamada al Otro. Estas series podrían ampliarse, pero son suficientes para este desarrollo: La autorización por medio de un pasaje del acto, como es casi la regla en la actualidad, produce una mutación subjetiva inducida precisamente por la separación del Otro, lo que va en la línea planteada de que el analista se autoriza de sí mismo. Esta autorización sin el Otro, implica como mínimo que no hay llamada al reconocimiento, no existe un pedido de ser reconocido por el otro.

Por el contrario, en la autorización sobre un acting-out, la inevitable puesta en escena conlleva un llamado al Otro, a quien se le pide el reconocimiento. De esta manera es posible entender el paso en falso que implica este tipo de autorización.

De cualquier manera, y al modo de una elección forzada, una pregunta insiste: ¿Qué autoriza al analista a proponer la postergación de una autorización cuando el analista sólo se autoriza de sí mismo?.

Portada del Nº 1 de “Finisterre Freudiano”, la Revista del Círculo Psicoanalítico de Galicia en la que fue publicado este artículo en Septiembre de 1991.



IDENTIFICACIÓN IDEAL Y NEUROSIS OBSESIVA

Es importante para la clínica de la neurosis obsesiva entender con cierta precisión las relaciones entre identificación e ideal, y esta importancia es máxima para tratar de cercar los problemas relativos al final de análisis, a las incidencias en relación al pase, y su deriva en la institución analítica.

Desde esta perspectiva realizaré un breve recorrido por distintos textos, dejando claro que no se trata de un trabajo concluido, por el contrario son distintas puntuaciones, son líneas de fuerza de un trabajo de investigación en vías de desarrollo.

Es ya bastante conocido que la revelación del inconsciente, es decir el punto inaugural del psicoanálisis, comienza con el encuentro entre la histeria y Freud, sin embargo es menos sabido el resultado del encuentro entre la neurosis obsesiva y el discurso analítico, cuyas consecuencias son las distintas teorizaciones alrededor del ideal. Es decir, que dicho encuentro pone en evidencia todo lo relacionado con lo patógeno del complejo paterno, y todo lo que de ello se deriva: los ideales, la conciencia moral, la culpa, etc.

Realizando un recorrido freudiano podemos leer que la patogeneidad de este complejo no había escapado a Freud ni en el “Hombre de los lobos”, ni en el “Hombre de las ratas”, sin embargo le falta un articulador teórico que le permita seguir con su indagación sobre esta neurosis y también sobre la psicosis.

Este articulador teórico lo formaliza a través del mito de “Tótem y tabú”, en donde la esencia simbólica del mito, el parricidio y el festín totémico, sostiene una presunta ley reguladora y pacificadora en la imposible relación entre el deseo y el lenguaje. En esta comida totémica introduce un artificio que luego será abierto en todas sus teorías

sobre la identificación primaria: la incorporación canibalística, es decir la ingesta del cuerpo del padre muerto. Este padre del significante, que no es el significante del padre, posibilitará a Freud resolver distintos aspectos de la neurosis obsesiva.

Este articulador encuentra una expresión más adecuada en “Introducción del narcisismo”, donde se construye el ideal del yo, con la particularidad de quedar unido a la represión y separado radicalmente de la sublimación. Pero hay más, ya que el ideal del yo derivado del complejo parental queda unido a la censura onírica vía la conciencia moral, que en este texto aparece como el verdadero censor. De esta manera, Freud coloca al ideal del yo como causa primera de la escisión del aparato psíquico, es decir de la radical diferencia entre inconsciente y preconscious-consciente. Coloca, de esta manera, al ideal del yo en una función de estructura.

Se desliza una contradicción lógica, por un lado el ideal como heredero del complejo paterno y por otro cumpliendo una función estructurante. Esto tiene su repercusión en “Duelo y melancolía”. Recordemos que en ese escrito la única diferencia firme que establece entre el duelo y la melancolía, y más concretamente entre la elaboración del duelo en la neurosis obsesiva y la imposibilidad de elaboración del duelo en la melancolía, está determinada por la regresión narcisista.

Esta regresión narcisista tiene algunas implicaciones que son importantes de aclarar. La melancolía queda situada desde el comienzo del artículo como una enfermedad producida por la “conciencia moral”, para sostener lo cual Freud introduce dos condiciones:

- la relación de objeto es de base narcisista.
- la catexia (carga) de objeto es poco resistente.

Estas condiciones son exigencias lógicas para poder formular el paso siguiente, que la retracción de la libido ante la pérdida de objeto en vez de buscar un nuevo objeto sirve para establecer una identificación del yo al objeto abandonado. Aquí encontramos la frase freudiana que Lacan puso de relieve: “la sombra del objeto cae sobre el yo, que en ese momento es considerado como una instancia especial, como el objeto abandonado”. La condición de posibilidad para esta identificación narcisista es la elección narcisista del objeto. Freud agrega que es una regresión al narcisismo primitivo que es correlativo a la fase oral de ingesta y devoración, y para complicar más las cosas, afirma que esta fase es previa a toda elección de objeto. Esto último es

un punto importante que recién resolverá Lacan en su Seminario 9 sobre “La identificación”.

Pero no me adelanto y resumo las paradojas encontradas: en “Introducción del narcisismo” encontramos al ideal como heredero del complejo paterno y, al mismo tiempo, como estructurante en relación a su determinación en la censura. En “Duelo y melancolía” encontramos para explicar esta neurosis narcisista los siguientes pasos: primero, elección de objeto narcisista; segundo, regresión al narcisismo, cuya característica es la de ser una identificación sin objeto, o previa a la elección de objeto; tercero, esta identificación es en la fase oral de incorporación canibalística de “Tótem y tabú”. Esta última conexión es vía la conciencia moral, sinónimo en este texto del ideal del yo.

Es difícil mantener este tipo de tensión en obras que se construyen en un tiempo dilatado, y sin embargo Freud deja estas paradojas a su resolución en la clínica, siendo retomadas en “Psicología de las masas”.

En este texto el “alma” de las masas está compuesta por dos tipos de enlaces afectivos distintos, el lazo al líder, considerado como el más importante, y el lazo entre los distintos individuos de la masa. Estos lazos son de orden libidinoso, es decir que quedan colocados bajo la rúbrica del amor y del odio. Sin embargo, Freud se pregunta en el capítulo VI por la posibilidad de la existencia de otro tipo de vínculo que no implique un objeto, cuya base sería las pulsiones coartadas en su fin. La respuesta es afirmativa, y este tipo de lazo especial está conformado por las identificaciones cuyo estudio será sistematizado en el capítulo VII.

La primera modalidad identificatoria, es decir la primera manifestación más temprana de la modalidad de enlace al Otro, es la identificación al padre que marcará la prehistoria del complejo de Edipo. Esta identificación es ubicada en el registro abierto de “Tótem y tabú”, es decir la primera fase de la organización libidinal, que es oral, en la cual el sujeto incorpora al objeto ansiado y temido comiéndoselo y, de esta manera, destruyéndolo. Quisiera señalar aquí que el término freudiano es incorporación y que cuando usa “introyección” casi siempre aclara que no es de su pluma, lo cual marca un registro diferente. Antes del Edipo, nos dice Freud, hace de su padre un ideal, por lo cual se lo come.

Dentro de las coordenadas edípicas, Freud diferencia el querer “ser” como el padre en el registro de la identificación y el querer “tener” al padre que es del orden de la

elección de objeto. La consecuencia de lo anterior para Freud es importante: la identificación es siempre posible antes de toda elección de objeto. Es por esta vía que vuelve a hacer presente “Duelo y melancolía” al poner de relieve una identificación previa a la elección de objeto, teorizada como identificación melancólica.

Para una mayor precisión, hay que recordar que Lacan en el Seminario sobre “La identificación” afirma que esta primera identificación freudiana no será abordada por él. Una de las razones de esta posición es debida a que se ha girado desde el padre del significante freudiano al significante del padre lacaniano. De esta manera el Nombre del Padre es reubicado en una función estructural, conservándose en la identificación al rasgo unario la característica de ser sin objeto.

La segunda identificación freudiana es la que está ligada a la producción del síntoma, la tos de Dora, que es altamente específica, y de donde Lacan extrae el rasgo.

La tercera, llamada histérica, tiene la particularidad de ser independiente de toda actividad libidinosa, es analógica y está determinada por un punto de encuentro que debía mantenerse reprimido. Esta identificación que explica las “epidemias psíquicas” es la que constituye el vínculo entre los individuos de la masa sobre el fondo de la modalidad de enlace al líder. Como este último lazo no está explicado con las identificaciones precedentes agrega dos modalidades identificatorias más: la homosexual y la melancólica.

La identificación homosexual está determinada por una intensa fijación del niño a la madre que con la llegada de la pubertad se transforma en identificación al objeto perdido (madre). Esta identificación tiene la particularidad de producir una profunda transformación de las características del yo, que cambia su orden sexual.

De la melancolía toma esencialmente la escisión del yo, en su vertiente ideal del yo, que ya no es sinónimo de conciencia moral. El ideal aparece como causa de la conciencia moral y también como causa de la censura onírica y es, al mismo tiempo, la principal fuerza represora. De esta manera se sostiene la paradoja de “Introducción del narcisismo”: es por un lado una instancia heredera del complejo de Edipo y por otro aparece en una función estructurante. Adscribirle al ideal un origen narcisista es una forma de intentar resolver la paradoja, que deja no aclaradas sus condiciones.

Pero entendamos la necesidad freudiana que es la de explicar el lazo de los individuos con el líder; por esta vía encuentra la solución en “Tótem y tabú” con una cita a pie de

página, afirmando que en la masa el objeto ocupa el lugar del ideal del yo. De esta manera se construye el líder.

El siguiente paso freudiano es producir su conocida separación entre identificación e idealización. La primera se caracteriza porque el yo se enriquece con las cualidades del objeto (incorporación), el objeto desaparece o es abandonado reconstruyéndose en el yo de acuerdo al modelo del objeto perdido, y el objeto es situado en el yo. Por el contrario, el enamoramiento que conlleva una tendencia a la idealización produce un empobrecimiento yoico ya que éste se da a los objetos, el objeto subsiste y el objeto va al lugar del ideal del yo. De esta manera se puede constatar que en la identificación el yo es modificado, mientras que en el enamoramiento el yo permanece igual aunque empobrecido.

Por el lado del ideal se aclara el vínculo sobre el cual reposa la relación entre la masa y el líder, que es del orden de “todos los individuos quieren ser iguales bajo el dominio del caudillo”. La tendencia a la idealización es una tendencia a la esclavitud, que es la posición del goce del esclavo.

Y por este rodeo volvemos al título que convoca a estas Jornadas, ya que este goce se escucha de mil maneras distintas en la cura del obsesivo, que soportando y siendo soportadas por el fantasma producen escollos difíciles de rebasar. Múltiples argucias para sostener ese firme tapón ante la castración del Otro.

Pero Freud, con esa finura clínica que lo caracteriza, agrega que el amor al padre reposa sobre el temor al padre, conclusión que una vez más extrae de “Tótem y tabú”. Este temor lleva a la masa, pero también al obsesivo, a una actitud masoquista y pasiva. Esto explica la fortaleza del ideal, las más de las veces encarnado en ideales sociales sean estos nacionales o centrales.

Por el lado de la identificación queda abierta una dificultad, ya que en el conjunto de los puntos por los cuales Freud la definió, quedó afuera la identificación previa a la elección de objeto, que recordémoslo está teorizada en la línea de “Tótem y tabú” como incorporación, y al mismo tiempo desplegada en “Duelo y melancolía” como esa identificación narcisista previa al objeto, y que en “Psicología de las masas” retorna en la modalidad de “ser” el padre.

Lacan resuelve esta dificultad por una doble vía. Por un lado, da al padre una función de estructura al colocarlo en el registro del Nombre del Padre y de la metáfora paterna. La importancia de este articulador teórico es indudable, ya que permite resolver la

dificultad planteada por la psicosis. Por otro lado, introduciendo a partir de la segunda identificación freudiana el “rasgo unario”. Es decir, lo más diferenciado de la identificación y que, a su vez, es llevado hasta sus últimas consecuencias al aplicar en toda su crudeza el rasgo como diferencial. Lo cual implica que la identificación al rasgo no tiene nada que ver con la unificación. De esta manera, Lacan al introducir la identificación por la lógica del significante le quita el peso que arrastraba por su enclave narcisista desde “Duelo y melancolía”.

El rasgo unario es el significante de la pura diferencia, diferencia que hace a lo real, es decir que el significante rasgo unario no manifiesta sino la presencia de la diferencia como tal; es en definitiva el soporte de la diferencia. Este rasgo, que es del Otro, se constituye como el teniente del sujeto al mismo tiempo que completa al Otro. Ésta es una de las razones por las cuales un análisis no finaliza hasta que no haya caído este significante identificatorio, dificultad que deviene extrema en el caso de la neurosis obsesiva. Para ejemplificar esta situación me remito al caso presentado por Lacan en “La dirección de la cura”.

Una consecuencia lógica de introducir la identificación por este sesgo implica que el sujeto está excluido del significante que lo determina. Es por eso que Lacan afirma en múltiples lugares que el sujeto es el error en la cuenta; de otra manera y por la vía de la repetición teorizada sobre las vueltas de un toro, ésta tiende a hacer surgir lo unario primitivo, la búsqueda de una unicidad significativa para siempre perdida.

Por esta vía puede comenzarse a entender cómo se resuelve la identificación previa a toda elección de objeto: si al identificarse el sujeto se excluye como tal, algo viene a su lugar, y esto que viene a su lugar, esto que hace las veces de “ser” el padre es un significante ideal, es el significante amo, que como tal, y esta vez no por la vía del amor, produce una tendencia a la idealización cuyas consecuencias van a ser manifiestas en la neurosis obsesiva.

Del mito freudiano a la lógica lacaniana, la identificación significativa deviene idealización por efecto de la estructura misma de la cadena significativa, ya que dada ésta, su consecuencia es la suposición de un sujeto. Sin embargo, lo que escapa a esta lógica es la referencia al (a), que también va a ocupar el lugar de la falta. Esto hace referencia al tercer tipo de identificación freudiana, la llamada identificación histérica, que puede resumirse en la identificación al deseo del Otro. Aclarando que en

el Seminario de “La identificación” no se trata del (a) en cuanto causa del deseo sino del (a) como objeto del deseo, es decir que se trata de su aspecto más imaginario.

Al lugar de la división del sujeto van por un lado el S_1 y por el otro (a). Esta relación problemática entre la lógica del significante y el objeto (a), fuerza a Lacan a introducir en el seminario mencionado, ya que esto no puede ser imaginado, la topología para resolver esta dificultad.

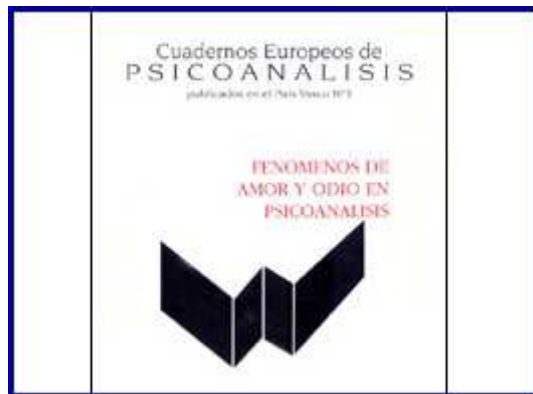
Nos encontramos, entonces, por un lado con la tendencia idealizante del S_1 y, por otro, con el costado imaginario del fantasma que va a dar consistencia a la tendencia idealizante del significante, y que por supuesto produce un formidable tapón a la inconsistencia del Otro. De esta manera, nos volvemos a encontrar con el tema de estas Jornadas, ya que esto explica la solidez de la demanda obsesiva para consolidar su ser, para ser eso que es en la repetición; allí cualquier atributo es válido.

Sin embargo lo anterior tiene otra consecuencia, ya que este costado imaginario del fantasma queda abrochado con el S_1 , lo que en “La dirección de la cura” implica que cada franqueamiento identificatorio conlleva una depuración fantasmática, o a la inversa, que cada travesía parcial del fantasma implica franqueamientos de los planos de la identificación. Todo lo cual indica la dirección a seguir, ya que más allá de la identificación está la fijación pulsional.

Bastaría agregar que esa relación entre el rasgo unario y el (a) como objeto del deseo, relación que lleva a Lacan casi todo el Seminario de “La identificación”, está mediatizada por el falo, que se erige en patrón de medida de esa relación. Es por eso que se puede decir que el final de análisis implica eso que de la demanda ya no puede ser dicho, y donde lo que queda como resto es lo inarticulable de la demanda, es decir el silencio pulsional que no deja de ser parlante.

Como conclusión, creo que se puede afirmar que toda identificación es una identificación ideal, idealizante, pero para dejarlo abierto agregaría que más adelante Lacan definirá lo ideal de una manera un tanto enigmática: lo ideal es todo lo que de real hay en lo simbólico.

**Portada de la Revista
“Cuadernos Europeos de
Psicoanálisis” nº 3, en la
que se publicó este trabajo
en Mayo de 1992.**



FENÓMENOS DE AMOR Y ODIO EN PSICOANÁLISIS

**Comentario al Documento de Trabajo de las
Primeras Jornadas de la Escuela Europea de Psicoanálisis en el País Vasco,
celebradas en Bilbao en 1992.**

En primer lugar quería señalar que este Documento de Trabajo es realmente un documento de trabajo. Me parece que es fruto de una comunidad de trabajo, y específicamente de una transferencia de trabajo. Y digo esto porque se nota el esfuerzo de los redactores, que han dejado caminos abiertos a la investigación, al señalar con amplitud su recorrido, los mojones, y los puntos sobre los diferentes textos.

En segundo lugar, hacer un comentario sobre un documento donde el trabajo de textos es muy intenso y muy extenso me parecía problemático. Por eso elegí una vía que era ver si el Documento de Trabajo servía como herramienta, como utensilio, para responder algunas preguntas que al texto se le formularan desde distintos ángulos. Por eso he elegido interrogar el texto del Documento de Trabajo desde una pregunta que se me plantea desde hace algún tiempo, desde el Seminario Práctico de la Sección Clínica de Madrid, pregunta que en su gramática tiene la dimensión de una articulación obvia: desde el psicoanálisis, pero una obviedad que me parece difícil de sostener.

Consideremos, por ejemplo, la siguiente situación: una señora de mediana edad, empresaria, madre de familia, consulta por una migraña pertinaz que le amarga la existencia, según su decir. Ha recorrido médicos y neurólogos, y al fin recalca en el despacho del analista. Como es lógico, lo único que quiere es librarse del malestar

producido por el síntoma. Al cabo de pocas entrevistas, la demanda de curación se ha modulado en una demanda de amor que al no encontrar respuesta la hace perseverar en las entrevistas, que aún continúan. Esto es un clásico: la demanda de amor como obstáculo y como motor de la cura.

Puedo plantear otra situación similar del lado de la obsesividad: un hombre joven que quiere curarse de sus pensamientos obsesivos que lo atrapan en una situación de sufrimiento y que, como en la situación anterior, después de algunas entrevistas, la demanda de curación -que persiste por fuerza, con fuerza, ya que el síntoma insiste- comienza a modular una demanda de amor.

EL AMOR, LA DEMANDA.

De estas situaciones surge la pregunta con la que voy a interrogar el Documento de Trabajo: ¿Qué del síntoma hace demanda, y específicamente demanda de amor?. Es decir, ¿por qué aparece esto tan extraño, y tan constatado en la clínica, que alguien que consulta por un síntoma, al cabo de pocas entrevistas comienza a hacer una demanda de amor?. Hacia el analista, o hacia el médico, o hacia el psiquiatra, no es específico de la clínica psicoanalítica.

Puse a trabajar al Documento y en la página 19 encuentro una respuesta contundente; hablando de la neurosis de transferencia en Freud, se afirma: “En ella los síntomas se engendraban porque las pulsiones sexuales habían sido rechazadas del Yo y se habían procurado una expresión indirecta a través del inconsciente”. Contundencia de una lógica que, sin embargo, me parece que hay que desplegar, ya que la articulación síntoma-pulsión no se deja reducir tan fácilmente, y al mismo tiempo existe una relación problemática entre pulsión y amor, como lo evidencian los textos freudianos. Por eso me parece que no es casual que el Documento de Trabajo tome como punto de partida el narcisismo y específicamente el desarrollo del narcisismo primitivo en sus tres fuentes: la psicosis, la hipocondría y la vida erótica; lo que lleva inevitablemente a teorizar el amor en su condición narcisística, es decir en dependencia del yo ideal. Teorización que al mismo tiempo se desdobra al introducir el Ideal del yo que le da su soporte simbólico.

Aquí podríamos empezar a trabajar lo que decía Rithée Cevasco, puesto que justamente este soporte simbólico, este S_1 tiene que ver con el amor en “Psicología de las masas”, pero su contrapunto es “El malestar en la cultura”, donde Freud demuestra

que no todo es significativo y lo que cae del lado del goce pasa del lado del Superyó, donde aparecería la vertiente del odio.

Este S_1 que pacifica, en parte, la relación de odio-enamoración narcisista y que le sirve a Freud para construir su teoría sobre las masas, sobre las comunidades humanas - como está planteado en el capítulo "Lo individual y lo colectivo" del Documento de Trabajo- deja, como decía hace un momento, un resto de malestar que se muestra en las paradojas del goce. Es decir que, paradójicamente, las pulsiones coartadas en su fin para el concierto amoroso del grupo, insisten. Encontramos así una relación de oposición entre amor y pulsión, como encontramos una relación de continuidad -que también quiere decir un cierto hiato- entre ellas (amor y pulsión) en "Las pulsiones y sus destinos".

Desde esta perspectiva podemos afirmar que la introducción de la noción, del concepto de demanda en la obra de Lacan, es la introducción de un articulador que une y separa la pulsión y el amor. Ya que por el solo hecho de hablar se demanda el ser, que es -Colette Soler lo dice muy bien en un artículo publicado en "El Analiticon" nº 2- la demanda intransitiva que vehiculizada en los desfiladeros del significante pide al Otro lo que no tiene, por el solo hecho de hablar se pide...

La pulsión, entonces, es el silencio de la demanda, o es la demanda sin palabras, pero que paradójicamente supone un lenguaje, es decir que la demanda de amor, por el solo hecho de ser hablada, coloca al Otro en el lugar del Ideal del yo, desde donde tiende a ubicarse como yo ideal. Por eso hay siempre en los comienzos de análisis una tendencia por parte del analizante a colocarse en la fascinación amorosa, en el eje imaginario del esquema L, como está desarrollado en la página 48 del Documento de Trabajo. Este punto puede tener una comprobación en la cura, ya que las asociaciones libres tienden a seguir la dirección de lo que el analizante supone que el analista quiere oír.

De otra manera, el amor queda ubicado desde el yo ideal al Ideal del yo, es decir entre lo imaginario y lo simbólico. Esta ubicación remite al Seminario 1 y al esquema del diamante en relación a las pasiones del ser (en la página 36 del Documento de Trabajo), pasiones del ser que serán relacionadas con el síntoma.

DEL SÍNTOMA A LA DEMANDA.

La pregunta al trabajo insiste: ¿qué del síntoma hace demanda?, por lo cual en este comentario se impone realizar un recorrido por el lado del síntoma. Y por este lado

¿qué encontramos?. Encontramos que el sujeto demanda la curación del síntoma, pero también sabemos que es una demanda engañosa, ya que hay dificultades para desprenderse del goce que el malestar del síntoma conlleva. La demanda de curación sintomática es una trampa ya que como afirma Lacan en "Psicoanálisis y medicina", la verdadera demanda es que lo autentifiquen en su condición de enfermo, dando como ejemplo un caso de melancolía agitada, y esto hay que entenderlo más allá del beneficio secundario, ya que la implicación última remite a la necesidad de tener un cobijo bajo el significante "enfermo" para que sea restituida la homeostasis del principio del placer, rota por el síntoma.

Casi siempre quien consulta tiene una hipótesis causal del síntoma. Pero la modalidad gramatical que toma, es decir la queja, muestra la falsedad de estas hipótesis sobre la causa. Todo esto, me parece, genera el engaño de la demanda de amor.

Sin embargo, es la respuesta que el Otro da a esta demanda que es el síntoma, es decir, es la modalidad de respuesta a la queja del síntoma, lo que permitirá o no la modulación de la demanda. Por ejemplo, no es lo mismo la respuesta que da un psiquiatra que satisface la demanda de curación, que la del analista, que al no responder permite su despliegue. ¿Qué es este no responder a la demanda?. Indagamos en el Documento de Trabajo, que en la página 37 afirma que no responder a la demanda implica el registro de la ignorancia. Este registro de la ignorancia es el no saber sobre el deseo, es lo que habitualmente Lacan llama la ignorancia docta.

Pero el sujeto insiste demandando un saber que se ocupe de su sufrimiento. Demanda un saber-hacer con el síntoma, y es el Sujeto supuesto Saber quien aparece como una esperanza de un saber sobre el goce del síntoma, y que caerá en el transcurso del análisis.

Este malestar del síntoma, el dolor que lleva aparejado, se le revela al sujeto como un punto opaco, como un enigma, y por lo tanto induce a una situación de desamparo frente al Otro. Es decir que el síntoma toca la falta en ser del sujeto, conmueve más allá del narcisismo al objeto (a), movimiento que conlleva, casi de forma automática, a la búsqueda de un complemento, llamando al amor a través de la palabra que el síntoma ha promovido en el sujeto.

Tenemos entonces una doble vertiente, extraída del Documento de Trabajo, para intentar responder a la pregunta de por qué el síntoma induce a la demanda de amor: La primera está asentada sobre la esperanza de un saber sobre el goce del síntoma.

Bien entendido que esta esperanza será siempre traicionada y que sólo el trabajo en el saber inconsciente, en el S_2 , posibilitará saber sobre la verdad del síntoma.

La segunda vertiente está determinada por la conmoción sufrida por el sujeto en función del síntoma. Conmoción que toca el ser. Esta doble vertiente tiende a confluir, ya que amar es suponer un saber, y odiar es desuponer un saber, como plantea Lacan en "Encore".

Se podría seguir este trayecto sobre el grafo de "Subversión del sujeto". Es un circuito que va retroactivamente del síntoma, es decir del significado del Otro, pasando por el Otro y arribando a la demanda. Pero queda bien claro que este circuito escamotea el $S(A$ tachado), significante del Otro barrado. Por lo que puede concluirse que el sujeto del síntoma ama al saber supuesto pero odia la verdad de su castración.

Me parece que esto explica que en los dos fragmentos clínicos las entrevistas sigan a pesar de la persistencia sintomática. Y uno sabe muy bien que una persistencia sintomática puede ser llevada durante años. Es que el amor, transformado en un don activo -extraído también del Documento de Trabajo- formula un pacto en la palabra para que la cura prosiga. Es lo que Freud llamó "transferencia erótica sublimada".

Aquí hay algo más, me parece, porque se puede observar cierta reversión -lo plantearía así- puesto que a veces, para ser sostenida la demanda de amor, se transforma en una especie de productora de síntomas. Es decir, que como prueba de amor se ofrece el síntoma al Otro, y sostiene de esta manera el amor en el síntoma. Y voy a dar un dato un tanto curioso que algunas personas con quienes trabajo en Bilbao saben; esto daría cuenta del fenómeno de que en la Seguridad Social entre el 75% y el 80% de las consultas son funcionales, lo que quiere decir que hay una persistencia de un encuentro amoroso con el médico, en las cuales el sujeto va a ofrecer su síntoma a perpetuidad.

También podría plantear otro fragmento clínico que desmentiría lo anterior, ya que en algunos casos la consulta por un síntoma cualquiera y su no rápida mejoría es seguida de un abandono de las entrevistas, y en la mayoría de los casos por una vuelta al circuito médico o psiquiátrico.

Ante esta situación tenemos una respuesta a mano: quien consulta no está dispuesto a poner en juego el goce del síntoma. Es la respuesta más habitual que van a escuchar del lado de los analistas. Es una respuesta tranquilizadora, que no pone al analista en el banquillo de los acusados.

¿Qué se juega en ese encuentro?. No voy a repetir lo expuesto. Por el lado de quien hace la consulta se juega el engaño de la demanda de curación del síntoma, y muy rápidamente la demanda de amor. Del lado del analista se juega la invención de un acto que, a veces fallido, posibilita el desarrollo de la cura. El fracaso del encuentro casi siempre corre a cargo de una falla en el deseo del analista, que no logra la invención adecuada.

EL AMOR, EL ODIO.

Sin embargo poner al analista en el banquillo de los acusados no evita cuestionar el amor, y sobre todo el amor que vehiculiza la demanda de amor. Es justamente gran parte de lo trabajado en el Documento y lo que sirve de guía para proseguir el comentario.

En las entrevistas relatadas podemos encontrar que una parte del amor en demanda viene de la vertiente edípica, y aparece como repetición de los amores y odios del niño o de la niña. En esta dimensión la transformación del amor en odio y viceversa, se produce con mucha facilidad. Hay entera reciprocidad entre ambos. Es lo que está designado como ambivalencia por Freud.

Bien puede decirse que en esta situación la dualidad amor-odio es simétrica, es fácilmente reversible. Pequeños y grandes acontecimientos biográficos producen su basculación. La obra freudiana está llena de estas situaciones.

Como contrapunto a esta vertiente del amor, podemos apoyarnos en una cita de "Función y campo de la palabra", que trae el Documento de Trabajo al hablar de transferencia primaria. Freud, dice la cita, refiriéndose a los sentimientos aportados a la transferencia, insistía en la necesidad de distinguir en ellos un factor de realidad, y sacaba como conclusión que sería abusar de la docilidad del sujeto, querer persuadirlo en todos los casos de que esos sentimientos son una simple repetición transferencial de la neurosis. Entonces, "como esos sentimientos reales se manifiestan como primarios, y el encanto propio de nuestra persona sigue siendo un factor aleatorio, puede parecer que hay aquí algún misterio". Es decir que la segunda vertiente de la demanda de amor está sometida al régimen de la "tyché", al régimen del encuentro y de eso puede depender que el encuentro sea un buen encuentro, un desencuentro o un encontronazo.

Sin embargo hay factores predisponentes. Esta palabra me costaba decirla aquí porque es una palabra extraída del argot médico; estos factores predisponentes se

ubican en la conceptualización primaria sobre el amor y el odio realizada por Freud en “Las pulsiones y sus destinos”, formalizada por Lacan en “Los cuatro conceptos fundamentales” y retomada en el Documento de Trabajo.

Si en la vertiente edípica la dualidad amor-odio es simétrica, en lo que llamé los factores predisponentes, la constitución de esta dualidad aparece como asimétrica. El odio y su vínculo profundo con el conocimiento es el campo del “Unlust”, que es lo que sigue siendo inasimilable, irreductible al principio del placer, está fuera del placer, fuera del significante y fuera de la imagen. Este “fuera del significante” convocaba de nuevo al Superyó de “El malestar en la cultura”.

Por el contrario, el objeto de amor está en el campo del placer, del “Lust”. Esta dualidad, a diferencia de la edípica, es asimétrica, y está anunciada de entrada en la Introducción del Documento, donde se hace bascular el amor del lado del engaño, y el odio más próximo a la verdad del sujeto. El odio, entonces, se dirige al ser, y de esta manera sostiene al Otro esperando su destrucción, esperando su envilecimiento. Esto explica la perseverancia en algunos sujetos, cómo sostienen una posición de odio durante mucho tiempo en la cura, o dentro de las instituciones analíticas, mal-estando en ellas, por no hablar de los efectos sociales de esta situación.

Con esto concluyo mi comentario sobre el Documento de Trabajo, esperando haber demostrado su eficacia para responder a la pregunta que realicé.

**Portada de la Revista
“Cuadernos de
Psicoanálisis: Letra, Rasgo
y Corte”, en la que se
publicó este artículo en
Septiembre de 1992.**



UN PADRE PREOCUPADO

**Trabajo presentado en la Sección Clínica de Madrid del
Seminario del Campo Freudiano**

Un hombre de 35 años llega a la primera consulta en un trance obsesivo. Relata padecer una gran angustia que localiza “como una sensación extraña en las tripas”, una enorme inquietud que incluso le dificulta la respiración y lo tiene continuamente agitado. Un insomnio que no cede ante los psicofármacos y que le ha llevado a cambiar de dormitorio alejándose del lecho conyugal, yendo a recalar a una habitación al lado del salón que presenta el inconveniente de llenarse de ruidos de la calle y de la algarabía de unos vecinos noctámbulos. Vive esta situación como algo que lo “desquicia”, ya que a veces cambia dos o tres veces de sitio durante la noche sin poder conciliar el sueño. Como consecuencia de esto, el rendimiento laboral ha disminuido considerablemente, y es común que falte a su trabajo, casi siempre con el pretexto de alguna enfermedad que luego teme padecer realmente. Explica su aspecto descuidado por la imposibilidad de ocuparse de los pequeños detalles, refiriendo cierta desgana en su aseo personal, lo que para él hace contraste con cierta meticulosidad anterior.

Puede precisar con exactitud el comienzo de sus malestares, que están determinados por el nacimiento de su hija; en el momento de las primeras consultas, la niña ronda los dos años. Fue deseada por él y ahora es “la niña de sus ojos”, expresión con la que pone de manifiesto su amor por ella. Amor que reconoce como atormentado, ya que está permanentemente pendiente de ella, exigiendo a su esposa cuidados extremos. Al punto, él lo reconoce, que termina enloqueciéndola. Desde una observación meticulosa de la temperatura del baño hasta una vigilancia extrema de la

respiración nocturna de la niña, pasando por la imposibilidad de dejarla ir a jugar a la casa de los vecinos, ya que le asalta el temor de que le pueda pasar algo. Algunas veces, ya en marcha para su trabajo, vuelve a su casa para constatar que no ha pasado nada. Este tipo de situaciones se multiplican al infinito.

Reconoce lo absurdo de esta situación, pero al mismo tiempo insiste en la imposibilidad de evitarla; se trata de imposiciones desde un Otro que adquieren la característica de mandatos que van contorneando su mundo fantasmático en ese “puede pasar algo”, donde aparece una significación enigmática en una oscura referencia a una catástrofe, siempre posible y relacionada con la muerte. De esta manera, su angustia adquiere características pánicas cuando la hija lo saluda por el hueco de la escalera, por donde él se imagina una caída sin retorno.

Algo pasó en ese nacimiento, aunque no sabe precisarlo, pero rescata de su memoria un episodio que en su momento pasó desapercibido. De ideología “progre”, estaba dispuesto a compartir con su esposa los cuidados de la niña, pero una extraña sensación de repulsión le atacó la primera vez que le cambió los pañales, repulsión que él piensa que está en relación con la “caca del bebé”. Desde ese momento, evita todo lo posible el cambio de pañales y también evita mirar el cuerpo desnudo de la pequeña en sus baños.

De esta manera encontramos el detonante de su entrada en la neurosis; su hija, en tanto que producto de su goce, produce un encuentro con lo real que desestabiliza su equilibrio obsesivo. Es común encontrar este detonante de la entrada en neurosis en la obsesividad, y muchas veces esto es explicado con la siguiente hipótesis: la paternidad implicaría un aumento de la responsabilidad que sería causa de la neurosis. Otras veces, es explicado como un duelo a realizar sobre la condición de hijo para pasar a ocupar el lugar del padre. Estas explicaciones portan una verdad relativa, ya que el encuentro con un goce ignorado es lo que abre las puertas a la neurosis forzando una pregunta: ¿qué soy yo como padre?, y en este caso particular, la respuesta es impuesta desde su fantasma: soy un padre que cuida, un cuidador, un padre preocupado. Respuesta que evita la pregunta por su goce, evitación que no impide su insistencia.

Aproximadamente un año antes de la consulta, su hija hace un cuadro febril que termina, según el paciente, en un cuadro convulsivo, no quedando claro el diagnóstico pediátrico. Pero esto sirve para aumentar las medidas de vigilancia a su alrededor y, al

mismo tiempo, comienza, más allá de la intensificación de la angustia, una serie de cavilaciones fantasmáticas que lo atormentan. Él se imagina a su hija muerta o gravemente herida en distintas circunstancias: si va caminando por la calle y ve un perro, se imagina a su hija destrozada por las mordeduras del animal; si ve un objeto cortante y afilado, se imagina a su hija lastimada por esos objetos con profusión de cortes; si hay un coche que pasa rápidamente, se imagina a su hija atropellada. El carácter impuesto de estas cavilaciones fantasmáticas es algo que resalta, imposiciones que trata de combatir con distintos rituales (cambiar de acera cuando ve un perro, etc.), que siempre fracasan.

La ubicación precisa de estos malestares, que son en definitiva los que producen la consulta, trae aparejado algunos problemas si tomamos el binario síntoma-fantasma, ya que por un lado es tributario de una formación del inconsciente y, por otro, adquiere la modalidad del fantasma. En este caso particular, y más allá de las significaciones, aparece un punto de mirada sobre una escena impuesta; si puedo decirlo así, es en la mirada un sujeto aterrado que condiciona un rechazo del sujeto del inconsciente y un intento forzado de anular el intervalo entre S_1 y S_2 . Habitualmente el pensamiento obsesivo está determinado por la voz, en este caso la mirada presente muestra con mayor precisión el costado escénico de su malestar.

Al mismo tiempo, este modo compulsivo del fantasma, le impide a éste cumplir con su función de cobertura frente al deseo del Otro, y de esta manera aparece la angustia que señala lo real. Es decir, señala la verdad de un goce ignorado que el nacimiento de su hija ha puesto de manifiesto y del cual él nada quiere saber. Se le puede decir, como lo afirma Guy Clastres en “La entrada en análisis del Hombre de las ratas y la neurosis obsesiva”, publicado en “El Analicón” nº 2: “El hecho de que pueda pensar algo tan horrible como que el suplicio pueda sucederle a las personas por las que siente un mayor afecto, es ahí exactamente donde se sitúa para él el registro de la angustia, en tanto que ésta hace signo del Otro. Se trata de algo que está más allá de todo saber, más allá del espejo del semejante, y que para él, es el eco de una verdad de la que él mismo es depositario”.

ENTRE LA ENTRADA EN NEUROSIS Y LA ENTRADA EN ANÁLISIS: LA DEMANDA DE CURACIÓN.

Desde esta posición de “no querer saber nada”, es desde donde formula su pedido de ayuda y el ser recibido en entrevistas. Es decir, que la demanda es una demanda de

curación y alivio para sus malestares, es una “demanda implícita”, como la llama Lacan en “La dirección de la cura”. Ante la falta de respuesta, un hermano médico le receta psicofármacos e hipnóticos que mejoran levemente su situación.

Pero es en el transcurso de las entrevistas y por un efecto de retorno hacia viejas obsesiones, donde conseguirá un alivio momentáneo para sus padecimientos. Retoma un hábito que le resultaba eficaz antes del nacimiento de su hija y que consistía en entretenerse, durante horas, en la construcción de lo que podría llamarse una arqueología de ficción. Ésta consistía en la reconstrucción arquitectónica y urbanística de Madrid en su devenir histórico. Estas ensoñaciones le producían un placer que mitigaba su estricta vigilancia alrededor de su hija y un cierto alivio de sus malestares. Sin embargo, esta situación también era fruto de nuevos sufrimientos, ya que esta actividad fantasmática requería dos condiciones: aislamiento y silencio. Se debatía entonces, principalmente los fines de semana, entre enviar a su hija y a su mujer a la casa de sus suegros, donde siempre existía la posibilidad de que no la cuidaran adecuadamente y de que le pasara algo, pero lo que le permitía a él tener las condiciones adecuadas para sus construcciones arqueológicas; o, por el contrario, abandonar este placer y quedarse a cuidar a su hija. Esta duda, a veces, le producía una fuerte tensión, maniobrando para que fuera su esposa quien tomara la decisión y, de esa manera, él aliviarse de esa responsabilidad.

Este bosque fantasmático en el cual él se movía, hunde sus raíces en una construcción similar, pero con otro tema, que comienza hacia los diez u once años. En esa época, y a partir de la lectura de un cómic, reconstruye el mundo histórico de un emperador chino. Estas reconstrucciones, estas largas cavilaciones obsesivas, le ocupan mucho tiempo, a punto tal que las detiene en un momento determinado para continuarlas cuando las condiciones le sean propicias. Obtiene de ellas un placer que le es negado en su vida cotidiana, ya que de natural tímido -así se define- vive aislado de los compañeros y compañeras de su edad. Estudiante mediocre y lector voraz de textos de historia, aleja de su mente cualquier idea sexual a través de una sólida creencia religiosa. Relata el periodo de su adolescencia como un tiempo oscuro, donde sólo vivía en sus fantasías sobre el emperador de China.

Que en la actualidad le hayan ofrecido publicar su arqueología ficción de la ciudad de Madrid, y que él haya rechazado ese ofrecimiento por una vergüenza que se le antoja tonta, muestra a las claras que es un desplazamiento sostenido en el horror a la castración. Es decir, que todo este mundo fantasmático cuyo punto umbilical es la

mirada, punto que adquiere la fijeza de un invariante, está al servicio del principio del placer. Lo cual explica que esta tarea forzada a la que se somete, produzca por un lado cierto alivio a sus malestares y, por otro, muestre el sometimiento a un amo que ordena su mundo fantasmático.

Estas mejorías pasajeras son interrumpidas por diversos acontecimientos que lo devuelven a la angustia. Un día, en el recorrido de su casa a mi despacho, tropieza con unas zanjas realizadas en distintas aceras por Gas Madrid. En una de ellas, ve unas raíces de un árbol cercano y se le antoja que éste podría morir. Preso de una gran excitación, comienza una febril actividad para salvar la vida del árbol. Llamadas telefónicas a distintas dependencias de la Comunidad y el Ayuntamiento, concluyen en la presentación de varias instancias en distintos organismos burocráticos, pero sin obtener ninguna respuesta. Esta crisis de agitación se disipa con lentitud, quedando como saldo la imposibilidad real de enfrentarse a las zanjas. Desde ese momento y hasta que las obras estén concluidas, cambiará de itinerario para no encontrarse con las “zanjas que afean el barrio”. De esta manera, puede verse un aspecto secundario, pero no menos importante: el de la estética como barrera ante el horror.

Como contrapartida, es en lo real del cuerpo donde las marcas tomarán consistencia. Una serie de pequeños -y no tan pequeños- accidentes domésticos, escandirán un tiempo en el cual sorprende la absoluta falta de subjetivización de los acontecimientos. Un profundo corte en un dedo, que requiere una visita a urgencias y tres puntos de sutura; una raja en el cuero cabelludo -que también requiere sutura- al golpearse con la puerta de un armario; un fuerte golpe en el dedo de un pie, al tropezar con el borde de la cama en una de sus andanzas nocturnas; un esguince de tobillo, al resbalar en una escalera,... van mostrando un costado de sacrificio al dios oscuro del goce. De esta manera, actualiza la frase que aparece en el diario del análisis del hombre de las ratas: ¿qué sacrificio estoy dispuesto a hacer para que...?, a lo que agregaría: “para que no le pase nada a la niña de mis ojos”. Sólo que en este caso los cortes, los golpes, son reales, no han pasado por el significante.

Y estos pequeños sacrificios que son el reverso en las entrevistas del erotismo anal, que en su vertiente retentiva produce el olvido constante del pago de las sesiones, y una queja que va creciendo sobre el sacrificio que debe realizar para poder pagar las sesiones.

En definitiva, dice: “pago para nada, todo sigue igual, no obtengo ningún beneficio, no es una buena inversión”. Este cálculo que fracasa, no le impide reiterar su demanda una y otra vez, él quiere curarse, dejar de padecer, pero en ese momento no hay Sujeto supuesto Saber. Las preguntas que realiza del tipo: “¿qué debo hacer para que se vaya la angustia?”, no son verdaderas preguntas, no son preguntas dirigidas al saber, son preguntas que se cierran alrededor del “no quiero saber”. Trabaja, sí, pero en falso.

ENTRADA EN ANÁLISIS.

Por esa época decido preguntar, de distintas maneras, ¿para qué seguir en esas condiciones?; quiero decir que no es una pregunta que formulo en una sola entrevista, sino que se reitera a lo largo de varias. Lentamente, muy lentamente, da acuse de recibo y emerge lo que para mí fue una respuesta inesperada: él seguía viniendo para hacerle caso a su esposa, ya que tenía la impresión de que le hacia daño por su situación, y que una forma de reparar era obedecerle ante el requerimiento realizado por ella de analizarse. Este sometimiento a la demanda del Otro, justificado en la reparación de un daño real, ya que había establecido un pequeño infierno doméstico, colocaba a la transferencia al servicio de la represión; es decir, al servicio de la sutura significativa, transformando la situación misma en imposible.

Pero es a partir de estas respuestas generadas por mi pregunta, y siempre muy lentamente debido a su adhesión al goce que ejemplifica lo que Freud llamó viscosidad de la libido, que comienzan a aparecer las primeras asociaciones, el auténtico trabajo que es el trabajo sobre el saber inconsciente.

De esta manera aparece un sueño, que es la reproducción mecánica del episodio de la zanja y del árbol. Asocia su pánico a la muerte del árbol, con la posibilidad de la muerte de su padre, quien ya anciano es venerado por el paciente y al cual ha ocultado todos sus malestares. Este temor a la muerte del padre queda ligado en el recuerdo a un episodio, que para él tiene la característica de una fuerte carga de angustia, y que se produce en el momento de la elección de carrera universitaria. En ese momento decide elegir la paterna, pero al comienzo del año escolar es invadido por una extraña parálisis. No puede estudiar y, en vez de ir a la universidad, se sienta durante horas en un banco de un parque de su ciudad donde se entrega a su actividad preferida: la reconstrucción imaginaria del emperador de la China. Pero si bien es cierto que esta situación de ensueño le trae tranquilidad, la vuelta a su casa es un tormento; siempre teme al volver haber sido descubierto, y que su padre haya muerto

de un infarto al enterarse de la “catadura moral” de su hijo. Esta situación dura un largo año, hasta que, como suele suceder en estos casos, un amigo del padre descubre la situación, y para su gran sorpresa el padre no sólo no muere, sino que lo trata con cariño.

De esta manera, no de forma puntual, pero sí en el transcurso de algunos meses, puedo entender que se producen algunos movimientos en la transferencia. Por un lado, una modificación de la situación de sometimiento a la demanda de su esposa, lo que abre la posibilidad de su implicación en la demanda, que sostenida sobre el pedido de apaciguamiento de sus malestares comienza a producir efectos de sujeto. Por otro lado, el cuestionamiento del ideal paterno produce una separación entre el Ideal del yo y el Otro, posibilitando así la emergencia de un Sujeto supuesto Saber.

Todo lo anterior no sin problemas, ya que por momentos la pantomima obsesiva retorna por sus fueros, en un esfuerzo doblemente sostenido, para apoyar su potente no querer saber. Aconsejado por sus amigos, decide emprender un viaje de descanso para aliviar las tensiones. Para ahorrar el dinero del billete de avión decide viajar en tren, billete que compra varios días antes. En las horas previas a la salida del tren, la duda comienza su trabajo sumiéndolo en una parálisis que le impide viajar; pierde el tren, pero va hasta la estación a recuperar un dinero del cual sabe no habrá devolución. La duda sobre su viaje persiste, decide viajar en avión y va hasta el aeropuerto, sabiendo de antemano la imposibilidad de conseguir plaza. Vuelve a su casa, donde pasa sus días de descanso cuidando a su hija. Todo un circuito al servicio del no saber desde un extraño saber, que va desde el intento de no perder dinero al perder, incluidas las entrevistas de las cuales se ausenta.

Idas y vueltas en la estrategia obsesiva sobre las que aparecen brechas: no puede evitar relacionar el temor a la muerte del padre con el temor a que le pase algo a su hija, lo que permite un comienzo de subjetivización, una cierta implicación en sus malestares y, correlativamente, una cierta disposición a perder goce más allá de la demanda de curación. Entremezclado con lo anterior, persiste una voluntad de no saber que hace de obstáculo a la cura y que marcará su destino.

**Portada de la revista
“Cuadernos Europeos de
Psicoanálisis” N°8, en la
que fue publicado este
artículo en Octubre de
1994.**



LA ANGUSTIA EN LA CURA ANALÍTICA

Pablo llega a mi consulta inquieto, sudoroso, de sus bolsillos saca numerosos informes de electrocardiogramas que distintos cardiólogos le han efectuado en la búsqueda desesperada de una palabra final que apacigüe su sufrimiento: miedo a morir de un infarto. Distintos argumentos, como su edad de 30 años, lo sano que está su corazón, lo adecuado de su tensión arterial, etc., lo calman un momento para sumergirlo en el siguiente -a veces por la percepción de palpitaciones, otras por causas nimias e indefinibles- en un estado de desasosiego extremo que lo impulsa a un servicio de urgencias hospitalario. Este estado, que no comenzó en forma brusca y que se ha ido intensificando en los últimos meses, ha devenido insoportable en las últimas semanas al comenzar a padecer de insomnio y dificultades extremas en el trabajo que despliega en una empresa familiar, dificultades que están centradas en fallos de la concentración y en el trato con sus empleados, trato que de familiar ha pasado a inquietante. El encuentro con un cardiólogo precipita su demanda, ya que ese cardiólogo, además de recetarle psicofármacos y sugerirle un diagnóstico de depresión, le aconsejó la visita a un psiquiatra. Esta indicación médica es seguida al pie de la letra y, para estar en las “mejores manos”, consulta en París -donde reside su familia- y allí le dan mi nombre.

En aquellas primeras entrevistas me pide permiso para dejar de ir al trabajo, permiso que solicita basándose en el diagnóstico de depresión y en la extrema dificultad que representa para él compaginar su trabajo con la convivencia familiar: tiene abandonada a su esposa -no sólo sexualmente- y a sus dos hijos pequeños de cinco y tres años. Al negar con energía el permiso solicitado, introduzco -sin saberlo- un mínimo cambio de su posición con relación a su sufrimiento, que pasa por una primera puesta en cuestión de su certeza.

El miedo a morir de un infarto, su certeza, es la anotación de una respuesta a la angustia; ya que es necesario diferenciar entre el malestar que la angustia produce y las significaciones que el sujeto da a aquellas respuestas, y que en Pablo se extendían a otras tales como “claustrofobia”. Estos significantes -que no llegan a configurar un significante fóbico cuyo paradigma es el caballo de Juanito-, estas respuestas a la angustia conviene diferenciarlas del síntoma, que en su sentido freudiano es retorno de lo reprimido y que está formalizado por Lacan como una sustitución metafórica. Sin embargo las cosas no son tan simples tratándose de una neurosis obsesiva, ya que Freud en el apartado VI de “Inhibición, síntoma y angustia”, habla del síntoma obsesivo como formado por los mecanismos de aislamiento y de anulación de lo contrario por el fracaso de lo que llama represión. Este recordatorio freudiano tiene por objetivo mostrar el estatuto particular del síntoma obsesivo, que, a diferencia del histérico, no es del orden del retorno de lo reprimido.

Pero para moverse en el horizonte estrecho de la angustia, conviene diferenciar, como ya lo he señalado, entre el malestar propio de aquella y las respuestas que ella engendra, respuestas que en este caso concreto están tensadas entre dos extremos: lo que Pablo llama “claustrofobias” y el “miedo a morir de un infarto”, significaciones que tienen registros diferentes.

La primera, lo que Pablo llama la “claustrofobia”, es un significante tomado del discurso social y que remite al temor de salir de su casa o de la oficina, o de conducir su coche, respuesta que es del orden de la inhibición. Esto puede ser discutido, pero retomemos con las debidas precauciones su acepción freudiana: se inhibe una función motora, concepción que es reformulada por Lacan en el Seminario 10, sobre “La Angustia”, como la introducción en una función de otro deseo diferente de aquél que la función satisface de manera natural. Este punto de detención de la función está determinado por la intrusión de la inhibición en el nudo simbólico, según nos enseña Lacan en el Seminario 22: “RSI”.

Conviene diferenciar estas respuestas inhibitorias, que fenoméricamente pueden tomar formas sorprendentes, de la respuesta que en Pablo se presentaba como miedo a morir de un infarto.

En esta segunda, encontramos una cadena metonímica cuya simple ordenación en aquellas primeras entrevistas permitió un alivio significativo.

Pablo, al ser rechazada la propuesta inicial de no ir al trabajo, comienza un trabajo asociativo, al principio vacilante, dudoso, que hilvana las siguientes secuencias:

a) Conecta el comienzo de sus malestares con un “ataque al corazón” sufrido por su padre, que terminó siendo diagnosticado como una arritmia leve. Su padre, emigrante español a Francia, comienza desde abajo -luego de haber abandonado España porque la falta de trabajo en aquellos tiempos lo mantenía esclavizado a un primo suyo que le pagaba muy poco- y en Francia, a los pocos años, logra transformar su oficio en una pequeña pero próspera empresa, la cual, tres años antes del comienzo del malestar de Pablo, habían decidido expandir hacia España para colmar un viejo sueño de nostalgia de su padre, quien siempre deseó el regreso. Esta expansión se realiza asociándose a los hijos del primo del padre, el mismo que lo había explotado cuando joven, y para ello se encarga llevar adelante este proyecto a Pablo, su primogénito, quien con tal función se trasladó a vivir a Madrid hace tres años. No hay dificultades para entender la función de I(A) que cumple el padre, cuyo ideal a su vez era el de tener una unión familiar sólida y duradera.

b) La otra secuencia tiene que ver también con un ideal paterno, el fútbol. Hijo de un emigrante español en París sufrió, así lo relata Pablo, una velada discriminación que lo llevaba a imaginarse una estrella de fútbol, consagrando a eso muchas horas de su infancia y temprana adolescencia, llegando a jugar en un club de primera división, en donde -con esa modalidad típica de la adolescencia- tiene un amigo, su gemelo, también hijo de españoles. Este amigo, en un entrenamiento, muere súbitamente; los médicos dejan su diagnóstico: “paro cardíaco”. En su duelo patológico se entrega a prácticas espiritistas. Y en un accidente banal, jugando al fútbol con un hermano en el patio de su casa de apartamentos, sufre una grave lesión en una pierna que le aparta definitivamente de los estadios.

Sería fácil recurrir a la identificación pero difícil su ubicación en el registro simbólico, lo que no descarta una determinación imaginaria. No obstante, más allá de ella lo que está en juego es la serie simbólica que Pablo ha articulado, y en esa articulación el paciente llega a la siguiente conclusión: que el miedo a morir de un infarto, sus palpitaciones, sus taquicardias son de origen psicossomático. Este significante, que también es extraído del discurso común, habla de un cambio con relación a la causa que produce un alivio en su malestar.

Para entender la producción de esta articulación hay que comprender la lógica que subyace, y ésta es la lógica de la transferencia. En este caso particular, a partir de un significante cualquiera -“en las mejores manos”- y apoyándose en mi intervención, que rechaza su demanda generada por la angustia de no ir al trabajo, se instala el “Sujeto supuesto Saber”, lo cual no quiere decir entrada en análisis. Esta instalación del Sujeto supuesto Saber permite la puesta en cuestión de la causa, y con relación a la angustia posibilita un descentramiento del punto de certeza que la angustia lleva consigo. No se trata, entonces, de un aumento o de una disminución del monto de angustia, se trata de la caída de la certeza en la cual la angustia está anclada, y sabemos que este punto de certeza apunta a lo real, o para decirlo en términos de “RSI”, la angustia es lo que parte de lo real, y al partir de lo real no hay engaño posible de la existencia de una conmoción en la vertiente real del objeto (a), de eso la angustia es señal. Sin embargo aquí conviene aligerar las cosas, puesto que el objeto (a) en tanto que semblante tiene su lugar en el vector que va de lo simbólico a lo real, como está señalado en el Seminario 20, “Aun”, en el grafo del comienzo de la lección VIII: “El saber y la verdad”. Por lo anterior, aparece con claridad que el objeto (a) produce una elaboración simbólica de lo real. A tal punto que se puede afirmar que el itinerario de una cura es, justamente, la elaboración simbólica de lo real producida por el (a). Por eso en el fantasma el objeto (a) ocupa el lugar de lo real velándolo. Sin duda, el punto de dificultad es la consideración del (a) como real, o de sus relaciones con lo real. Un lugar de partida es el estudio de lo que puede ser llamado el antecedente de lo real del (a): “das Ding” y su despliegue en el Seminario 7. De otra manera: el objeto (a) es apto para encarnar lo que le falta al sujeto y, de esta forma, el deseo del Otro aparece como una voluntad de goce sin límite.

En aquellas entrevistas preliminares Pablo continúa su trabajo asociativo mostrando que es la fractura del ideal paterno lo que lo ha precipitado en su malestar. La enfermedad de su padre, hasta ese momento con una salud de hierro, pero sobre todo la aparición de diferencias en cómo llevar el negocio en su filial española, abren al cuestionamiento, hasta ese momento incuestionable, de las capacidades paternas, es decir, produce una fractura en el I(A) que conmociona el (a) que está debajo de la barra, al no poder sostenerse Pablo como i(a). En aquel trabajo nuevamente establece dos series asociativas. La primera, en la dimensión freudiana de los que fracasan al triunfar, tiene como punto de partida su malogro como futbolista, a lo que sigue su decepción como estudiante, que de brillante pasa a abandonar la escuela, para posteriormente relatar su caída como vendedor de la casa paterna, concluyendo con el

abandono de su función de apoderado de un conjunto musical que de su mano comenzaba a ser conocido, para volver al negocio familiar cuando éste se instala en España.

La otra serie habla de desplazamientos del ideal que se encarnan en distintos personajes de su novela familiar: su entrenador de fútbol, un profesor, un vendedor que lo lleva a sus primeras aventuras amorosas, un dirigente de fútbol. El mínimo común de estas relaciones consiste en un ciclo que comienza con una buena amistad y termina en pelea por haber sido traicionado. Esta repetición es puesta de manifiesto en el sentirse tratado injustamente por los otros o por el destino, significantes que marcan sus primeros retazos fantasmáticos en lo que se designa como ser un “justiciero”, posición por la cual ha tenido dificultades con sus socios-primos y con los empleados de la empresa. Así es como se desprende un cierto tono amargo, tono que cae al atravesar estas primeras identificaciones.

La caída de estas identificaciones produce una cierta conmoción en el curso de las entrevistas, que se registra en algunas ausencias y en intentos fallidos de consagrarse a la literatura primero y luego al teatro para “separarse del padre”, según afirma Pablo. Y es que hay que diferenciar entre la travesía de la identificación y la producción de S_1 como está marcado en el discurso analítico, diferencias entre el trabajo asociativo y la revelación del significante reprimido que, habitualmente, se dan en distintos tiempos. Temporalidad que, al enlazarse en la transferencia, marca a estas últimas en sus saltos y discontinuidades. Diferencia entre el trabajo asociativo y el trabajo analítico.

En aquel momento en que Pablo trabajaba entrevista a entrevista, y habiéndose descentrado el punto de certeza de la angustia, ésta se atenúa, abandona los psicofármacos, duerme con calma, pero al mismo tiempo se avivan conflictos en la empresa entre los socios-primos y su familia paterna. En forma soterrada comienza una pugna con su padre por el control de aquélla. Y lentamente comienza a hablar de su neurosis infantil, en donde sobresale una abundante actividad masturbatoria y un recuerdo que lo turba: aproximadamente a los 10 años tiene una fuerte excitación al ver a su madre desnudándose, no pudiendo reprimir su impulso, entra en la habitación de aquélla con la intención de tocarla, encontrando por respuesta un rechazo enérgico y sin contemplaciones de esta mujer cuyo origen es un duro pueblo asturiano. Al final de este recuerdo escando la entrevista. A la siguiente, la angustia ha retornado con todo su malestar. La escansión, al apuntar al deseo reprimido, produce angustia debido a la relación estructural que se da entre ambos.

Modulaciones de la angustia que son despertadas por la intervención analítica, al anclar en el intervalo significativo la emergencia de un objeto oculto que abre a los oscuros vericuetos de lo real. Posición inevitable del analista, ya que al operar contra la identificación induce la emergencia del deseo y su correlato de angustia cuyo punto último está antes de la pérdida del objeto, antes de su cesión. Producción de angustia bajo transferencia por la emergencia del objeto.

A partir de ese momento las entrevistas entran en una fase tormentosa, múltiples pasajes al acto bordean un paisaje donde el trabajo asociativo queda detenido: numerosas faltas, apariciones relámpagos en mi sala de espera, son los primeros movimientos con los que abre el grifo sin saber que lo abre -para tomar la metáfora lacaniana del Seminario 10. Y el grifo sigue abierto, Pablo retoma los psicofármacos en forma desordenada, comienza a irse de putas, salidas escandidas con borracheras compulsivas cuya resaca lo tumban en un impedimento extremo para ir al trabajo, y como trasfondo de todo este desorden... la angustia. Y de esta manera, meses. Pero, en la escucha de esa algarabía silenciosa, aparece el lugar de su esposa, mujer al igual que su madre de un pequeño pueblo asturiano, conocida en uno de sus múltiples viajes a España, en la fiesta patronal de aquel pueblo en medio de las charangas y petardos. No es que se enamore locamente, es simplemente la mujer que le conviene, porque ella, ni lerda ni perezosa, viaja a París donde trabaja sirviendo. La otra, la parisina de clase media y costumbres liberales, es abandonada después de una duda intensa y extensa como es de rigor en una situación de este tipo. Pero este relato entrecortado, de entrevista a entrevista, no le sirve a Pablo para sacar las conclusiones que caen por su propio peso, y con la represión de sus enlaces contribuye a su pasión de no saber. Y es que atrapado "como rebelde sin causa" que lo representa de cara al Ideal, y con el movimiento pulsional impuesto por el trabajo asociativo, el estado angustioso produce su monto de afecto que, al no tener la certeza del comienzo, se expande como el agua derramada del grifo.

Es así como libra una sorda batalla con sus primos-socios detonada por la fantasía de que les están robando, como el padre de ellos a su padre. Como toda batalla, ésta termina con pérdidas.

La empresa, su filial española, se divide quedando deudas en la familia de Pablo. Éste no se arredra y considera que ha llegado su hora, dispone de dinero para montar su propia empresa, llevar adelante su sueño y... nuevo pasaje al acto: decide, como es común en estos casos, que puede caminar solo, sin muletas. La férrea voluntad de no

saber produce estragos, sus retazos fantasmáticos no permiten su construcción, pero al solidificarse dan la seguridad que permite el alivio de la angustia.

Vuelve aproximadamente un año después, sus juegos en la bolsa en valores de alto riesgo han dilapidado no sólo su dinero, sino también el dinero de la ex-filial española, y de esta manera el sueño paterno del regreso se ha roto como un cántaro; Pablo, casi sin dinero, sudoroso y angustiado, se hace las siguientes preguntas: ¿Cómo es que he vuelto a fracasar?, ¿cómo es que no me di cuenta de dónde me iba metiendo?. En el fondo, afirma, lo sabía. En eso estamos.

He presentado este fragmento clínico para acentuar los siguientes puntos:

- La cura analítica trata a la angustia por el descentramiento de la certeza, no quedando atrapada en la demanda de una disminución inmediata.
 - Mostrar cómo la intervención analítica, en este caso la escansión, genera angustia que puedo llamar bajo transferencia.
 - Diferenciar el malestar propio de la angustia, de las respuestas que se generan frente a aquélla.
 - Diferenciar el momento de la travesía de la identificación, de la revelación del S_1 (diferencia entre trabajo asociativo y trabajo analítico).
 - Reafirmar una vez más la relación del pasaje al acto y la angustia.
-

Cayo Julio César, a quien se refiere Arturo Roldán en esta conferencia a propósito de que ejemplifica con su paso del Rubicón el paso del acto, “un acto de separación, como lo es la escansión”.



EL ACTO PSICOANALÍTICO

Conferencia impartida en la Red de Asistencia Psicoanalítica, en Madrid, en el año 2001.

El título de esta charla, “el acto analítico”, presupone que vamos a comentar una modalidad del acto en particular, no el acto en general. Esta modalidad particular es la que está adjetivada con el término “psicoanalítico”.

Comienzo con esta afirmación pues es bastante raro encontrar la palabra “acto” en psicoanálisis por fuera del psicoanálisis lacaniano, y es que Lacan dedicó un año entero de su enseñanza a este tema del acto que situó, en primer lugar, como el momento de pasaje del psicoanalizante a psicoanalista.

Antes de Lacan, me refiero a los posfreudianos y a su zona de influencia, léase Kurt Schneider por ejemplo, el acto se usaba con un matiz despreciativo; coloquialmente se decía por ejemplo: tal paciente es muy actuador, lo que tenía el sentido de alguien que actúa en vez de hablar, a punto tal que para descalificar al Che Guevara, y no es que yo esté de acuerdo con sus postulados políticos, se decía que tenía una personalidad psicopática, es decir, que no era razonable y que actuaba sin pensar. En cierta medida se oponía pensamiento y acción, oposición que tiene algo de verdadero pero que no puede asentarse en un juicio de valor, o en el uso diagnóstico que reemplaza la moral; algo así como decir que hay que ser razonable, tolerante, y no actuar.

Como ya dije, es con Lacan que el acto psicoanalítico vuelve a ocupar el lugar que le dio Freud, lugar que se había perdido, no sólo por las dificultades de su teorización,

sino, también hay que decirlo, por las dificultades que el término “acto” lleva consigo. De esta manera, podemos decir que el estudio del acto psicoanalítico puede arrojar luz sobre las concepciones del acto en general.

Para mostrar parte de estas dificultades podemos recurrir a su etimología, que según el Corominas viene del latín “actus”, que a su vez es derivado de “agere”, que sería “obrar”. Esto de por sí es interesante, puesto que está mucho más cerca de la palabra empleada por Freud. De este “agere”, entonces, proviene toda esa serie de palabras que tienen que ver con la actuación teatral, primer o segundo acto de una obra, o la misma palabra actores, etc.

Más interesante, aún, es el matiz que adquiere la palabra acto dentro del ámbito jurídico. El Pomares, diccionario jurídico, nos dice que: “acto es la acción o respuesta secundaria a la elaboración de una percepción”. Y agrega: “Mediante los sentidos percibimos cosas que posteriormente, y según el interés que nos motiva, permiten elaborar pensamientos simples o complejos. El acto surge como acción, respuesta o reacción, a la sensación experimentada tras la elaboración de lo percibido. Todo acto humano voluntario surge de una necesidad y conduce a un premio, placer o incentivo. Cuando existe acto por necesidad o incentivo hablamos de ‘acto lógico’. Cuando no existe incentivo puede hablarse de un ‘acto ilógico’, impuesto, reflejo o instintivo. (...) Los actos humanos pueden ser: voluntarios, involuntarios, lógicos, absurdos, impuestos, reflejos, mecánicos, instintivos, incentivados y patológicos”.

Se nota en este extraño galimatías que hay dos concepciones de acto. El primero es parte de la concepción estímulo-respuesta, el acto vendría a ser la respuesta a un estímulo: la percepción. Si quieren después volvemos a esta concepción, pero ahora sigo con la segunda que se esconde entre tanta palabrería y que es la que entiende el acto como la culminación de un proceso razonante que permitiría un acto lógico. Justamente es contra esta concepción que Freud introduce el acto como “acto fallido”, como acto no logrado.

En Freud, entonces, encontramos la idea del acto en primer lugar como acto fallido, como acto fracasado. Esta concepción del acto está escrita en “Psicopatología de la vida cotidiana”, que junto a “La interpretación de los sueños” y “El chiste y su relación con lo inconsciente” forman el trípode para estudiar lo que Lacan llamó “las formaciones del inconsciente”, es decir la estructura significante del inconsciente, y su gramática: la condensación en términos freudianos, que será actualizada por Lacan

bajo la metáfora, y el desplazamiento, que es el término utilizado por Freud que Lacan denominará metonimia.

Esta formalización lacaniana permite una mayor simplicidad a la hora de entender las formaciones del inconsciente y sus relaciones con la verdad. Dicho de otra manera, la formalización lacaniana nos permitirá acercarnos más a la verdad que habla en los sueños, en los lapsus, en los chistes y en los actos fallidos.

La “Psicopatología de la vida cotidiana”, texto de 1905, comienza con la parte que es más conocida: el primer capítulo, “Olvido de nombres propios”, es en el que aparece el olvido del nombre de Signorelli, que Freud va analizando hasta llegar a los frescos de Orvieto donde lo reprimido eran cuestiones enlazadas a la muerte y a la sexualidad. Y donde digo cuestiones cometo un ligero error porque Freud habla de “pensamientos reprimidos”, es decir que muestra al inconsciente como una cadena de pensamientos reprimidos.

Si seguimos el texto de “Psicopatología...”, nos encontraremos sucesivamente con el “Olvido de palabras extranjeras”, su capítulo 2, después con el 3, “Olvido de nombres y de series de palabras”, el capítulo 4 que alude a los “Recuerdos infantiles y recuerdos encubridores”, el 5 que habla de las “Equivocaciones orales”, el capítulo 6 que lleva por título “Equivocaciones en la lectura y en la escritura”, el 7 que hace al “Olvido de impresiones y propósitos”, y el 8 que ya comienza a ser más adecuado al tema que nos ocupa porque se refiere a las “Torpezas o actos de término erróneo”, pero cerremos antes la serie de los temas tratados en esta obra: el capítulo 9 está escrito sobre “Actos sintomáticos y casuales”, el 10 sobre los “Errores”, el 11 sobre “Actos fallidos combinados” y el 12 sobre “Determinismo, creencia en la casualidad y en la superstición”.

La sola enumeración de los títulos de los diversos capítulos de “Psicopatología de la vida cotidiana”, nos muestra una serie no homogénea que va desde los olvidos y los recuerdos, que tienen que ver con la memoria, hasta los actos fallidos, que tienen que ver con la motilidad. Desde esta perspectiva, esta serie no homogénea nos llevará a un callejón sin salida si no encontramos lo que marca su mínimo común denominador.

Freud a este punto, a este mínimo común denominador, lo marca con toda claridad: es el mecanismo que viene en lugar de los pensamientos reprimidos. De esta manera podemos entender que se recuerde Boltraffio en vez de Signorelli y que eso sea equivalente al error. Freud da otro ejemplo: el querer abrir la puerta del laboratorio con

la llave de su casa cuando eran totalmente distintas. De esta forma coloca estas pequeñas alteraciones de la vida cotidiana en el registro del sentido, usando esta palabra, en este momento, como antónimo de algo ocurrido por azar, en forma azarosa, sin sentido.

Como ya he adelantado al enumerar los capítulos, Freud divide a los actos fallidos en dos grandes grupos: a) aquellos en los cuales el efecto fallido (es decir lo que Freud llama el extravío de la intención) es lo principal, los designa como “actos de término erróneo”; y b) aquellos actos totalmente inadecuados a su fin, los llama “actos sintomáticos”. Da innumerables ejemplos de cada tipo.

De entre los que proporciona para el primer grupo, ya hemos citado el error de querer abrir el laboratorio con la llave de su casa, al cual le da el siguiente sentido: “quiero estar en mi casa”. Estos actos fallidos que Freud llamó “actos de término erróneo”, se manifiestan como perturbaciones de otros actos y aparecen como torpezas o despistes.

Los del grupo b) no se apoyan en otros actos conscientes, pero son aceptados por quienes los realizan de manera natural porque no les atribuyen intención inconsciente alguna, como pueden ser el acariciarse la barba o jugar con la correa del reloj.

De todo lo anterior, Freud deduce que los actos fallidos son equivalentes a los síntomas, pues en definitiva no son más que un retorno de lo reprimido. Pero lo que hay que tener en cuenta es que no es la misma forma de retorno, no es una representación que en lugar de la reprimida retorna, no es el significante que reemplazando a otro significante reprimido quiere acceder a lo consciente, sino que el retorno se hace como acto. Freud lo dice como que “está ligado a la motilidad”.

Tomemos otro ejemplo del mismo Freud que nos permitirá aclarar un poco más la interpretación del acto fallido: “Años atrás, nos dice Freud, cuando hacía más visitas profesionales que en la actualidad, me sucedió muchas veces que al llegar a la puerta de una casa, en vez de tocar el timbre o golpear con el llamador, sacaba del bolsillo el llavín de mi propio domicilio para, como es natural, volver a guardarlo un tanto avergonzado. Fijándome en qué casas me ocurría esto, tuve que admitir que mi error de sacar la llave en vez de llamar significaba un homenaje a la casa ante cuya puerta lo cometía, siendo equivalente al pensamiento: ‘Aquí estoy como en mi casa’, pues sólo me sucedía en los domicilios de aquellos pacientes a los que había tomado cariño”. Sigue diciendo Freud: “Por lo tanto el acto fallido era una representación

simbólica de un pensamiento definido, pero no aceptado conscientemente, dado que el neurólogo sabe siempre muy bien que, en realidad, el enfermo no le conserva cariño cuando no espera del médico ningún beneficio y que él mismo no demuestra un interés excesivamente caluroso por sus enfermos más que en razón a la vida psíquica que en la curación pueda esto prestarle”. Dejemos de lado la ambigüedad de la última frase y centremos nuestra atención en lo que Freud llama una “representación simbólica”. El acto fallido es una representación simbólica de un pensamiento reprimido, simbólica en el sentido de que va a representar teatralmente (con el cuerpo) los pensamientos reprimidos.

De esta manera vemos cómo se separan representación, pensamientos y acto motor fallido, y el pensamiento reprimido es: “Aquí estoy como en mi casa”. El acto fallido deja de ser algo azaroso para adquirir un sentido preciso, que por medio de la interpretación freudiana será la articulación de un saber novedoso, de un saber inconsciente, que cambia la subjetividad de un sujeto, puesto que lo reprimido pasa a la conciencia.

Por supuesto si hay reprimido hay represión, pero no es el momento para hablar sobre ella y ubicarla con justeza en la obra freudiana, basta recordar que la represión viene, en cierta manera, a ocupar el lugar que antes de 1900 ocupaba la noción de defensa. Es decir, que en un primer momento de la obra de Freud la defensa era frente a la sexualidad, lo mismo que pasa en la represión.

Esto viene a cuento porque la represión divide al sujeto, así que no se trata del yo como unidad psíquica, no se trata del “self”, ese curioso término inglés que se traduce por “sí mismo”, sino que por el contrario, la represión freudiana es una manera de decir que no hay unidad de ninguna especie, que somos sujetos divididos, escindidos. Cuando Freud mete la mano en el bolsillo para sacar el llavín de su casa e intentar abrir la de su paciente, está ejecutando un acto que reemplaza a los pensamientos inconscientes, pero... ¿de quién son los pensamientos inconscientes?. Algunos dirán que de Freud, concedido, pero ¿a quién nombra el nombre de Freud?. Por eso diríamos al revés: que los pensamientos reprimidos poseen (en el sentido de una posesión) al sujeto Freud, que no está en ningún lado porque decir “sujeto dividido”... quiere decir que no hay un sujeto.

Es fácil deducir entonces que mientras el acto fallido se pone en acto, excluye a los pensamientos reprimidos, y mientras pienso no soy nada más que esos pensamientos,

cuya conclusión bien podría ser: “soy donde no pienso”. La articulación del saber inconsciente destrona al ser. Dicho de otra manera: el yo de la especie humana, ese pretendido centro de la personalidad, es esclavo del inconsciente.

Esto último cambia de registro la idea general de que el acto es un cálculo, o dicho de otra manera que es el final de un razonamiento calculado que lleva al disfrute de un bien. Al contrario, y ahí está, para mostrarlo, el único acto logrado: el suicidio. Este acto suicida muestra a las claras que el sujeto no labora para su bien, que puede trabajar para su destrucción por medio del acto. Es por eso que los juristas necesitan dividir el acto en dos: voluntario e involuntario, pero... ¿el acto suicida es voluntario o involuntario?. Acabo de leer una novela inédita de un amigo, Luís Lorente para nombrarlo, cuyo título es “Y sigue lloviendo” -que dicho sea de paso espero ver publicada más o menos pronto- en donde se describe, con una escritura que marca un estilo, la desdicha de Roberto Aro, quien en el momento que deja de pensar salta hacia el suicidio desde el edificio más alto de Madrid.

Esta dicotomía entre pensamiento y acto es sumamente importante, porque mientras hay pensamientos está presente la indeterminación del sujeto (como vienen a mostrarlo los pensamientos reprimidos del sueño, justamente ahí no se sabe dónde está el sujeto), en cambio en el acto no hay indeterminación del sujeto, hay certeza de que no hay sujeto: en el momento del acto el sujeto cesa de ser. Después pueden venir los comentarios, las interpretaciones, pero eso es del orden del después, y si bien es cierto que todo acto implica un antes y un después, quedará siempre un real no sabido.

“El analista se autoriza de sí mismo”, aforismo que reemplaza a las calificaciones académicas para ocupar el lugar del analista. Después de producido ese acto podrá dar múltiples razones, pero algo quedará en la oscuridad del acto, lo real del deseo del analista.

La dicotomía entre pensamiento y acto no nos puede hacer perder de vista que el acto no está fuera del lenguaje. Cuando Freud habla del acto fallido como “representación simbólica” y le da una interpretación que es una frase (“quisiera estar en mi casa”), inscribe el acto en el lenguaje, en el registro simbólico, que viene a sustituir a los pensamientos reprimidos. Como se puede entender a partir de este ejemplo, el acto no es la continuación, o el final, de una serie de pensamientos, el acto es un cortocircuito del pensamiento, una interferencia sin sujeto.

Por lo anterior se puede distinguir un movimiento motor cualquiera del acto psicoanalítico, pues este último tiene algo de franqueamiento, de pasaje de un límite. El ejemplo clásico para poner esto en evidencia es el paso del Rubicón, cuando César lo pasa cambia su posición subjetiva, puesto que el Rubicón marca la frontera del Imperio Romano y aquel célebre “alea jacta est”, la suerte está echada, es una frase vacía de significaciones, que sólo ratifica casi de manera oracular el pasaje del acto. Este pasaje, este atravesamiento producido en el acto, diferencia el acto de cualquier otro movimiento.

Este pasaje que opera el acto conlleva una consecuencia obligada: el acto separa, el acto, valga la redundancia, es un acto de separación, como lo es la escansión.

También podemos afirmar lo inverso, la escansión es un acto que implica un antes y un después, una sesión y otra. Por eso no es un problema técnico, pero tampoco es un problema de intuición, es un problema que hace a la temporalidad en uno de cuyos extremos está el puro goce de hablar, el goce en el bla, bla, y en el otro extremo la posibilidad de que el acto haga posible la elaboración, esta última dicha en su sentido freudiano.

La temporalidad tiene como trasfondo una concepción del tiempo que no es del orden del cronómetro, sino de la lógica. Para abrir un poco el entendimiento a este tiempo lógico, tendríamos que dar una vuelta sobre el tiempo, pero como eso no es posible porque, valga la redundancia, nos llevaría mucho tiempo, sólo marcaré algunos mojones sobre el tema.

Todos hemos vivido el efecto 2000. Aunque no haya pasado nada en el orden de los hechos, hemos vivido el fenómeno 2000 y todo por un problema de ceros. No sé si alguno de ustedes vio la televisión, concretamente “La 2”, por ella transmitieron el momento en que cada país entraba en el año 2000, que dicho sea de paso mientras más se acercaba a Europa más aburrido, pero lo que quería señalarles es que se emitió también la salida del sol, la primera salida del sol del año 2000. No recuerdo el nombre, pero una tribu, o un pueblo, bailaba una danza ritual para saludar al sol naciente. Era un espectáculo auténtico, no folklore a la venta, y esto por una razón muy simple, porque las personas que allí danzaban no hubieran sido aceptadas por ningún productor debido a la estética corporal. Era muy hermosa la escena, o por lo menos a mí me lo pareció, y en ese momento me pregunté: ¿qué hacía distinto ese amanecer para ellos que habrían realizado ese rito miles de veces?, ¿por qué ese rito

de homenaje al sol naciente mostraba la marca del 2000?. Y había algo distinto, por lo que se notaba que no era cualquier año, y eso distinto ¿eran las cámaras de televisión?. En este sentido el tiempo cronológico es una convención que parece existir desde siempre. Lo mismo pasa con la medición del tiempo. Les recuerdo que el uso masivo de los relojes en la muñeca tiene pocos años y sin embargo es decisivo en nuestra civilización, permite entre otras cosas las facturas de teléfono.

Vivimos inmersos en las milésimas de segundos, como vienen a mostrarlo las medallas de oro de las olimpiadas.

El tiempo tiene múltiples aspectos, no voy a entrar en ellos, como sería hablar de lo instantáneo y lo duradero, del pasado y del futuro y su tránsito sin retroceso, pero también de la simultaneidad y la sucesión; podríamos seguir, pero quiero dar una opinión de alguien que no sea psicoanalista.

He tomado un artículo que lleva por título “El tiempo en psicología”, escrito por Giovanni Bruno Vicario y publicado en la revista “Investigación y Ciencia” de octubre de 1997, que finaliza diciendo: “Decir que el tiempo psicológico no tiene nada que ver con el que manejan los físicos es seguramente excesivo, pero da una idea bastante apropiada de la situación”. Dos formas de entender el tiempo.

Como es sabido, hay analistas que siguiendo la costumbre freudiana trabajan con el tiempo cronológico, habitualmente cuarenta minutos por el reloj. Pero esta modalidad que se basa en un automatismo técnico impide la eficacia del acto, puesto que al quedar sometido a la tiranía del reloj el tiempo no es utilizable para la elaboración.

Al revés de lo anterior la escansión de las sesiones, por el acto mismo de la escansión hace posible una elaboración, aunque no siempre. Muchas veces me preguntan en las supervisiones cuándo y dónde escandir. Esta pregunta busca respuestas técnicas y ese no es el camino, el camino es buscar la lógica de ese tiempo no cronológico, la lógica que subyace a las sesiones breves.

Instante de mirar, tiempo de comprender y momento de concluir son las premisas de esa lógica, que se pueden aplicar a una sesión o a toda una cura psicoanalítica. Por eso no se puede adelantar lo que va durar una cura, puesto que ignoramos cuál es el tiempo de comprender de cada sujeto. Lo mismo puede decirse para cada sesión, donde hay que evitar que el obsesivo se regodee en su incesante bla, bla, o eludir el lamento gozoso de la histeria.

Es evidente que, siguiendo esta lógica, la puntuación de la sesión pretende precipitar los momentos conclusivos a los cuales el analizante llega. O para decirlo con una cita de "Función y campo de la palabra": "Se demuestra allí que es la certidumbre anticipada por el sujeto en 'el tiempo para comprender' la que, por el apresuramiento que precipita el 'momento de concluir', determina en el otro la decisión que hace del propio movimiento del sujeto error o verdad" ("Escritos 1", página 276). A lo que cabría agregar, para su entendimiento, que la función conclusiva de la puntuación es la de suspender toda certidumbre del sujeto. Sobre este tiempo lógico no puedo explayarme como quisiera, sólo les doy la referencia para aquellos que quieran extenderse sobre el tema: "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada", escrito de 1945.

A veces, no siempre, el tiempo de comprender marca el estilo de cada analista. Además, la puntuación no tiene el mismo valor en diferentes momentos de la cura, y aunque la cura es siempre en el uno por uno, no deja de haber reacciones más o menos típicas según la clínica de las dos grandes neurosis.

Así, encontramos al obsesivo embarazado de pensamientos, más o menos impuestos, pensamientos que adquieren la dimensión de un ritornelo implacable que tapa cualquier agujero. Preso de la duda con la cual logra evitar por momentos la angustia, y con momentos de precipitación donde la compulsión arrastra al sujeto, combinados con otros momentos donde la inhibición lo paraliza en su intento desesperado de tapar lo real con el significante. Y esto se debe al atrapamiento narcisista de sus objetos, que formulan la pregunta sin respuesta multiplicados al infinito, como en esos espejos puestos frente a frente y donde la serie de imágenes no tiene fin, dirigiendo su mirada hacia el palco donde él está instalado. Vacilación del sujeto que suele terminar con un "pasaje al acto" (como los accidentes de coches).

Y encontramos en la histeria el vacío, este sentimiento que muchas veces puede ser manifiesto pero otras veces se expresa como la sensación de no vivir, de estar lejos, distante de la vida, y que por eso suele terminar en "acting-out".

Esta clínica nos enseña que hay un límite en la acción del psicoanalista, pues no siempre es posible prever un acto, incluso pudiendo hacer un cierto pronóstico de un acto ¿qué medidas tomar para evitarlo?. Creo que aquí se impone una posición de cierta humildad, esta praxis que es el psicoanálisis tiene sus límites. Si de pronto nos encontramos con una persona que realmente no ha sido deseada por sus padres, como era el caso que trabajamos hace un mes y que presentó Manuel Camacho, poco

es lo que podemos hacer para evitarle un destino que a veces lleva inevitablemente al suicidio. He tenido algunos casos de este tipo, y sólo se suele lograr un aplazamiento temporal del acto suicida.

Es cierto que ciertos actos que son excesivamente transgresivos volverán a repetirse, estoy hablando de violaciones, de homicidios, y aquí nos encontramos con la paradoja de que a estos sujetos, además de la pena dictada por el juez, se les obliga a un tratamiento psicoterapéutico con la idea de que habría una curación. Este tipo de actos no son analizables.

Este problema clínico se agrava en la psicosis por lo que la psiquiatría clásica llama “actos inmotivados”, es decir psicóticos, paranoicos generalmente, que se suicidan o matan sin que nada nos avise de ellos. Otras veces las voces alucinadas, a las que, recordémoslo, no pueden desobedecer, nos dan la pista de un acto peligroso.
